

# Un centro excéntrico. Cambio y continuidad en la Democracia Cristiana 1957-2005

Bernardo NAVARRETE

## Introducción

Como lo señaló Ascanio Cavallo, “profetizar la decadencia de la Democracia Cristiana ha sido el erotismo secreto de la derecha desde los años 40 y la frustración de la izquierda desde los 60” (Saffirio, 1999: 68). A nivel internacional se ha profetizado lo mismo de este partido, que está a “punto de desaparecer por completo del paisaje político” (Portelli, 2000: 2), o en palabras del historiador inglés Martin Conway, la DC “ahora es objeto del estudio histórico más bien que una realidad contemporánea” (Bale, 2005: 380)

A nivel nacional su decadencia sería un proceso a largo plazo, entregando a sus militantes, simpatizantes y adherentes una cierta tranquilidad (Gazmuri, 1999: 2), la que podría ser revertida por la vía de “volver a mirar sus orígenes... En el fondo, nada menos que una exigencia imposible: volver a nacer” (Micco, 2001: 3) o marginarse del poder por más de una década, para emprender su modernización (Halpern, 2002: 60).

Más allá de las propuestas de solución, el problema en los argumentos y las predicciones de crisis y decadencia es que no entregan mayores razones; lo más común es asociar el PDC con el Partido Radical, con el argumento de que “son partidos de centro, gobernaron por un largo período de tiempo y sufrieron una decadencia electoral y política” (Huneeus, 2002: 1). Esto significa asumir que:

...los movimientos políticos tienen sus períodos de iniciación, progreso, auge, triunfo y caída...; la Democracia Cristiana fue triunfante durante mucho tiempo... pero se producen los desencantos... se produce una especie de cansancio, junto con el ejercicio del poder... un proceso corriente, un proceso de difícil superación... es... como la ley de la Historia... (Entrevista a Jaime Castillo Velasco, 2002).

Un ciclo vital a la que está sometida toda organización a la que incluso se le puede aplicar la conocida "ley de hierro de las oligarquías" (Cuadra, 2000: 45).

Estas tesis olvidan que las repercusiones electorales de la crisis de representación que afecta a los partidos tradicionales han resultado más bien limitadas; quienes han sostenido lo contrario expresan más bien un "estado de ánimo" que no se condice con los datos electorales y asume la convicción de que a Chile se le aplican todo tipo de teorías, reglas y experiencias válidas en el resto del mundo. No extraña que la mayoría de las explicaciones sean funcionalistas: las causas son explicadas por resultados, que se extienden desde la industrialización al liberalismo, incluyendo la secularización, el socialismo, y la modernidad (Kalyvas, 1998: 294). Más localmente, está la tendencia de sus militantes, y muy especialmente de sus dirigentes y candidatos a estos cargos, a dramatizar los males de la DC (Arriagada, 2002: 2).

La tendencia a profetizar una caída más rápida o más lenta, se explica en parte porque la DC ha tenido un fuerte impacto en la historia política reciente de Chile. Dos hitos así lo demuestran. En primer lugar, el reemplazo de los radicales por la Democracia Cristiana, es para varios autores la causa que explica la caída del régimen democrático existente hasta 1973 (Valenzuela, 1978: 115; Sigmund, 1980: 23), ya que el PDC nunca desempeñó bien su "papel mediador" y el "vacío de centro" que se generó fue el "preludio" del quiebre de la democracia (Sartori, 1987b: 202), ya que en los años del gobierno DC (1964-1970) se articulaban los tres bloques electorales, que buscaron resolver la contradicción entre acumulación y distribución en la sociedad chilena (De Riz, 1979: 197). El segundo hito está en la llamada "tesis Aylwin", que sostuvo Patricio Aylwin en 1984, en torno a acatar la Constitución de 1980 como un "hecho", con lo cual, y sin desconocer la ilegitimidad de la misma, se asumía el marco institucional que la Carta Fundamental estableció (Jocelyn-Holt, 2000: 124-125) y con ello modeló la transición y la redemocratización.

También debemos agregar la desconfianza que genera un partido que ocupa el centro. En palabras de Bobbio (1996: 57), la izquierda lo percibirá como una derecha disfrazada y ésta, a su vez, lo definirá como una izquierda que tiene miedo de asumirse como tal. Además están los "independientes", aquéllos que se sitúan sobre el bien y el mal (Huneus, 2002: 2) pero que expresan inequívocos sentimientos de desconfianza, pesar y crítica que se han logrado mantener en el tiempo. Esta desconfianza en el sistema de partidos y en los "independientes" es una variable que está pendiente en el *mainstream* de la investigación politológica,

la que ha sido, sin embargo, bien documentada en un número importante de ensayos y autobiografías.

Es obvio para cualquier observador, que desde mediados de los noventa se ha producido un deterioro de la imagen del PDC en la mayoría de las dimensiones políticas relevantes: liderazgo, credibilidad, transparencia y confianza. No obstante, se le reconoce como necesario para la gobernabilidad y estabilidad del país por su moderación y respeto por los valores tradicionales. El “problema del PDC” afecta a la Concertación y al gobierno, y al actual sistema de partidos (Cortés Terczi, 2002: 1). Si no, ¿por qué en sólo nueve horas se despachó el proyecto que le permitió al PDC reinscribir sus candidatos para las elecciones parlamentarias de 2001 y que significó postergar hasta el 18 de diciembre de ese año los comicios? (Maldonado, 2001).

Para construir este artículo, hemos optado por el cambio y continuidad del PDC entre la “vieja democracia” y la llamada “democracia de los acuerdos” post-régimen autoritario. Queremos examinar simultáneamente las semejanzas y las diferencias, fórmula que pone claramente de manifiesto que la comparación supone la existencia, al mismo tiempo, de semejanzas y diferencias; no se comparan dos cosas absolutamente idénticas ni dos cosas completamente diferentes (Duverger, 1981: 412). En este mismo contexto, Sartori nos advierte que “no está escrito en ningún texto sagrado que quien compara debe buscar semejanzas en vez de diferencias. Además, las dos operaciones, en todo caso, son complementarias” (Sartori, 1987a: 267).

Nuestra elección, a la hora de definir el problema a estudiar, ha sido el partido Demócrata Cristiano chileno en dos períodos: 1957-1973 y 1989-2001, lo que nos parece una comparación dentro de un tiempo próximo, que evitaría lo “artificial” que tanto preocupaba a Duverger, ya que si los períodos confrontados son bastante próximos, la comparación es válida, pero a medida que se alejan, la comparación se hace aventurada (Duverger, 1981: 417; Sartori y Morlino, 1994: 12).

Los conceptos de cambio y continuidad aparecen básicos para este trabajo, considerando que ambos conceptos se han “convertido en nociones centrales de la reflexión política en cuanto caras de la misma moneda” (Morlino, 1985: 13). Para entender estos dos conceptos, se debe considerar que conllevan alguna transformación y por lo tanto son categorías de relación: es decir, sólo son observables en la relación entre un antes y un después (Morlino, 1985: 47.) Así, el cambio y la continuidad que nos interesan están ligados específicamente a un período de tiempo largo de democratización, el que será interrumpido por un golpe de Estado y que, tras diecisiete años, reinicia este proceso ahora en el formato de redemocratización.

Por lo anterior este artículo no abordará el declive electoral del PDC ni las causas que lo explican, trabajo que ha sido tratado por Eugenio Ortega Frei (1995; 2001 y 2003a-b), Carlos Huneeus (2002a-b y 2003) y Genaro Arriagada (2001: 3-6) entre otros.

Este artículo se inicia con una aproximación al lugar que tiene la Democracia Cristiana en la teoría de partidos, a efecto de dar a conocer las principales discusiones sobre lo que la DC es y sobre su futuro específicamente en Europa. Posteriormente, el lector encontrará la institucionalización del PDC en la “vieja democracia” existente hasta 1973, buscando su explicación a partir de ocho causas. La segunda parte compara lo anterior en una lógica de cambio y continuidad, para así entender el estado de la Democracia Cristiana en la llamada “democracia de los acuerdos” que caracterizó la transición (redemocratización) chilena.

### **La Democracia Cristiana en la teoría de partidos**

Una mirada a la literatura política demuestra la obvia carencia de una teoría acerca de la Democracia Cristiana, y la existente no siempre ha sido científicamente válida (Caciagli, 1991: 23), siendo asombrosamente pasados por alto a pesar de ser partidos que han sido, y siguen siendo, predominantes de la política europea y hasta cierto punto de la latinoamericana (Kalyvas, 1998: 293). Una explicación para lo anterior es que la investigación histórica sobre partidos en Europa tendió a concentrarse en los de izquierda, especialmente el socialismo y la democracia social. En cambio, la historia del catolicismo político y la democracia cristiana en el siglo XX en Europa, han estado más bien “subdesarrolladas” (Kaiser, 2004: 127).

Los intentos de clasificación en Europa son varios. Uno de los más llamativos es el de las “familias espirituales” de Von Beyme, un intento de comparación histórica que buscó determinar la existencia de cambios de objetivos o sólo aproximaciones a un objetivo (1986: 37). Esta tendencia a ubicar a la DC en la derecha, para algunos se explica porque a comienzos de este siglo el espacio ideológico entre democratascristianos y conservadores era semejante y en oposición al espacio ideológico de los socialistas o los laboristas (Uriarte, 2002: 318). Otra explicación posible es el éxito de la DC post-guerra. Allí donde los democratascristianos se convirtieron en partidos fuertes, tendieron a eliminar la competencia de derecha, absorbiendo con ello la mayor parte de su electorado (Von Beyme, 1986: 133)

Después de la Segunda Guerra Mundial y principalmente en Italia y Alemania, la Democracia Cristiana se convirtió en una fuerza política que ofreció a las personas un refugio seguro, frente a la política ideológica que había destruido sus países, basado en dos pilares que se explican en su nombre: la democracia y el cristianismo (Scruton, 1998: 8). Pero con la desaparición del comunismo, los democratascristianos dejaron de aglutinar el “voto del miedo”, de contención frente al “peligro rojo”, y con la caída del muro de Berlín dejaron de jugar un papel relevante (Vallespín, 2000: 4) y su funcionalidad como partido (Tusell, 1997: 124). El caso italiano es un buen ejemplo de lo anterior, ya que la caída del comunismo liberó a los votantes italianos, tradicionalmente leales a los

democratacristianos, para cambiar sus votos a los nuevos partidos, en protesta contra el sistema corrupto e ineficaz del que fueron parte los DC, lo cual se demostró en 1992 con la votación obtenida por la Liga del Norte (Golden, 2004). La DC:

tenía un espacio muy claro cuando en el mundo había dos grandes fuerzas, que eran la derecha y el comunismo; entonces la democracia cristiana se planteaba simplemente como un espacio al medio, yo no soy capitalista, yo no soy comunista, quiero un sistema diferente. Mucha gente que no se sentía interpretada por ninguno de esos dos mundos empezaba a verla como una opción posible y esto cambia fundamentalmente cuando la Unión Soviética deja de ser una potencia importante... (Entrevista a Andrés Aylwin, 2000).

Esto también afectó profundamente a las izquierdas y derechas.

Lo anterior ha llevado a sostener que los partidos democratacristianos en Europa están en declive. Las explicaciones son contrapuestas ya que, por un lado, ello no se debería tanto a la secularización de las sociedades, sino a la imposibilidad de mantener una postura centrista en materia de economía distributiva (Kitschelt, 2004: 25-26). Para otros, es la secularización la que influyó en que los partidos democratacristianos hayan perdido la capacidad de adaptarse a la realidad generada en las últimas décadas del siglo XX, lo que ha llevado a sostener a algunos que como forma de catolicismo político, ésta ha concluido (Walter, 1999: 11). Sin embargo, esto último olvida que una definición fuerte sobre los partidos democratacristianos es ser “atrapa todo” (*catch all* u ómnibus), ya que fueron formados en base a razones religiosas más que de clase y con ello su origen fue socialmente heterogéneo (Kalyvas, 1998: 308). No obstante, el término “atrapa todo” tiene la limitación de haber sido utilizado como una categoría residual, que parece ser más flexible y adaptable a las circunstancias contemporáneas que los anteriores modelos clásicos de partido (Gunther y Diamond, 2003: 169). También se olvida, siguiendo a Kees van Kersbergen, que dichos partidos no pueden considerarse únicamente conservadores bajo diversos nombres, partidos de centro sin un perfil programático claro o “atrapa todo”, ya que tenían tradiciones que asimilaron, hasta cierto punto, los elementos del individualismo liberal y del colectivismo socialista, pero con sus propias ideas guiadas por el personalismo, la solidaridad y el rol subsidiario (Kaiser, 2004: 132). Esto último no sólo debe entenderse como una “limitación de la expansión de los poderes del Estado, sino también como un límite al poder social organizado” (Von Beyme, 1986: 128).

Retomando el tema anterior, los democratacristianos eran seculares y mezclaban valores católicos con pragmatismo electoral (Ware, 2004: 74). De hecho, es importante recordar que la Iglesia perdió rápidamente el poco control que tenía sobre las organizaciones políticas que supuestamente fueron creadas en su nombre (Bale, 2005: 380) ya que, tal como muestra Kalyvas (1996), los partidos DC fueron un derivado imprevisto –y no deseado– de los pasos estratégicos tomados por la Iglesia Católica en la contestación a los ataques del anticlericalismo liberal (Mitchell, 1998: 896).

Si fuera posible una síntesis –preliminar por cierto–, el análisis mayoritario que ofrecen distintos autores es una predicción pesimista del futuro de la democracia cristiana, más allá de las realidades nacionales, debido –entre otras razones– a que el capitalismo social (como democracia social) ha alcanzado sus límites y afectará negativamente las perspectivas futuras de partidos demócratacristianos y de la clase de sociedades que construyeron (Kalyvas, 1997: 1170). Sin embargo, y como hemos sostenido antes, las repercusiones electorales de la crisis de representación que afecta a los partidos tradicionales han resultado más bien limitadas y los partidos demócratacristianos europeos han demostrado una capacidad considerable para la adaptación (Hanley, 2002: 478), poniendo el acento en su carácter de partidos populares. Esto se demuestra en el giro del Partido Popular Europeo (PPE o European People’s Party) hacia el liberalismo económico (Von Beyme, 1986: 125). El PPE, más específicamente, fue pensado para facilitar el acercamiento con los partidos de centro-derecha, y aunque las incorporaciones sucesivas provocaron dificultades, la mayoría aceptó la estrategia expansionista. Sus resultados han sido impresionantes; a inicios de esta década era el grupo parlamentario más numeroso (Hanley, 2002: 467, 470). Es más, los demócratacristianos hicieron una contribución de gran alcance al desarrollo político europeo, recordando su importancia en un momento en que el retraimiento y el utilitarismo pudo haber sido la opción más fácil (Furlong, 2004: 581).

En América Latina la situación parece ser distinta. Para Scott Mainwaring (2003), los partidos demócratacristianos han sido menos exitosos en América Latina que en Europa occidental; de hecho, sus días de gloria estarían quedando en el pasado, tendiendo a ponerse menos programáticos e ideológicamente más heterogéneos y convirtiéndose en partidos “atrapa todo” (Jones, 2004).

Un tema central para entender la DC chilena es que a diferencia de sus pares europeos, no sólo compite con partidos de izquierda, sino también de derecha, constituyéndose en un partido excepcional en América Latina, dada su capacidad para sobrevivir como protagonista por más de cincuenta años (Huneus, 2003: 2-3).

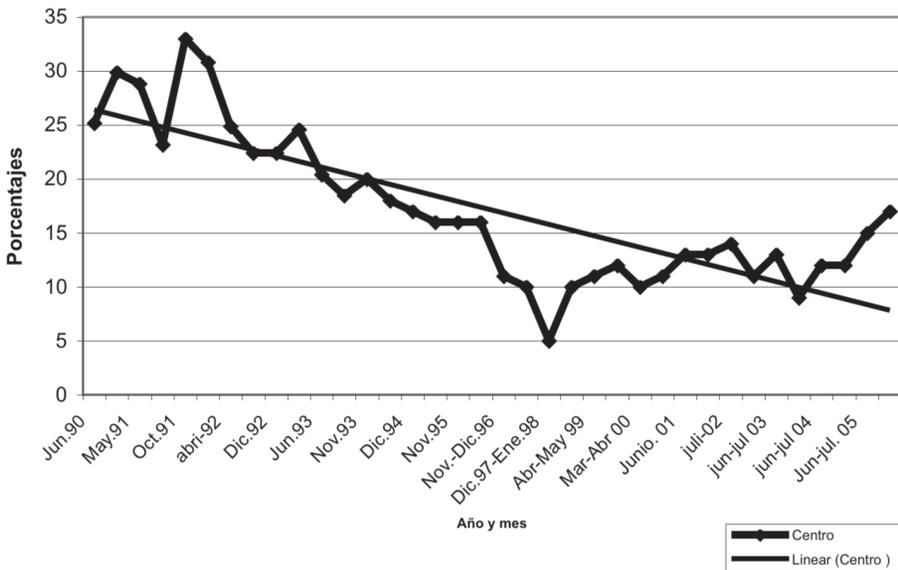
Paralelamente a la discusión sobre el declive, surge aquélla sobre la Democracia Cristiana como partido de centro. Si aceptamos que las derechas e izquierdas como criterios de decisión importan cada vez menos, ¿cuál es el sentido actual del centro? De hecho, líderes como Adenauer no sintieron la “necesidad de acentuar insistentemente” que la Democracia Cristiana Alemana (CDU) “era el partido de centro” (Schwarz, 2001: 115). Pero los partidos demócratacristianos se consideran de centro o “centristas”. El problema surge cuando “el centro” lo asumen partidos conservadores. Ello ha generado una identificación con la afirmación de Georges Bidault, sobre que los demócratacristianos debían “gobernar en el centro y llevar a cabo una política de izquierdas con medios de derecha” (citado en Von Beyme, 1986: 129). Estas contradicciones estaban presentes tras la Segunda Guerra Mundial, pero a inicios de esta década

cabe preguntarse cuál es el sentido de rescatar el concepto de centro. Planteado de otra manera, ¿la autoubicación en ejes de izquierda, centro y derecha es útil para el posicionamiento en el arco ideológico? En este sentido, el “ciudadano de a pie” europeo ¿reconoce ideológicamente el centro, más allá de la sensación de un punto medio? Más gráficamente, ¿distingue el ciudadano a un liberal de un socialista o de un conservador? (Schwartz, 1987: 48).

En el caso chileno, la definición de partido de “centro” no es muy útil para orientar la acción, primero porque la DC nunca adoptó esa nomenclatura, lo cual le quitaba riqueza conceptual y fuerza política (Walker, 1999: 158-159), y segundo porque cada vez menos ciudadanos se sienten de centro, de acuerdo a su propia autoubicación ideológica, tal como se observa en el gráfico 1. De hecho, quienes se identifican con este partido, en el arco ideológico, se posicionan más en la izquierda o la derecha que en el centro político (Hinzpeter y Lehmann, 1999: 2, 5-6)

Gráfico 1

Autoubicación ideológica: Identificación con el centro.  
¿Con cuál posición política Ud. se identifica más? (1990-2005)



Fuente: Elaboración propia a partir de las encuestas nacionales Centro de Estudios Públicos.

Lo anterior nos recuerda que el modelo de competencia espacial pronostica que el elector votará al partido que está ubicado a una menor distancia de su propia autoubicación ideológica, buscando maximizar la utilidad que le reporta el sufragio (Anduiza y Bosch, 2004: 232); si esto se pudiera demostrar para el caso chileno, entonces el futuro de la DC tiene un pronóstico.

Tampoco ayuda la discusión sobre si la DC chilena tiene un “electorado natural” de clase media, consideración “absurda” ya que tanta clase media hay en la DC como en el “Partido por la Democracia, el Partido Socialista o la Unión Demócrata Independiente” (Gazmuri, 2002: 1). Esto choca frontalmente con la tendencia de buena parte de los dirigentes DC de reconstruir un discurso hacia la clase media.

No extrañara al lector a esta altura del artículo que contextualizar analíticamente el centro como ubicación ideológica es un trabajo difícil. Los intentos de algunos autores por aclarar la terminología en base a su significado griego y latino resultan frágiles (Rodríguez-Arana, 2001: 31). Para el caso chileno, esto se resuelve en los trabajos de Timothy Scully, ya que como plantea una conocida historiadora este politólogo demuestra que “existe un centro y que los partidos políticos de centro tienen una función” (Correa, 1992: 183), distanciándose de las tesis de Duverger y Sartori al mostrar que la existencia de un centro que actúe de mediador entre los extremos, puede ser necesario para mantener cohesionado el sistema de partidos, ya que ambos autores subestiman la capacidad del centro para generar una identidad y un proyecto propio (Duverger, 1994: 242, 243). En el caso chileno el PDC es percibido por los parlamentarios de las otras colectividades que componen el sistema de partidos como un partido claramente de centro (Alcántara, 2004: 18).

### **El partido Demócrata Cristiano en la “vieja democracia”**

El PDC representó la aparición de un centro programático que, desde la década del cincuenta, se comprometió con un conjunto de políticas de cambio social y económico, que generaron tensiones y conflictos con buena parte de las colectividades del sistema de partidos. Sería injusto sostener que el PDC, desde siempre, no estuvo dispuesto y no admitía compromisos con otros partidos o movimientos, sin embargo, en “sus relaciones con las demás colectividades políticas, tuvo una psicología de partido pequeño” (Arriagada, 1985: 62).

Para Scully, la ambiciosa estrategia electoral de un partido de centro como la DC, de ninguna manera puede ser descrita como “débil, más un reflejo de exclusiones a partir de los dos extremos que de un polo de centro positivo” (Scully, 1992: 21 y 24), ya que la función de centro que ejercieron los liberales, y muy especialmente los radicales, fue alterada por los efectos que tuvo para el sistema de partidos la aparición de la Democracia Cristiana (Godoy, 1992: 188), que representó un cambio cualitativo en las prácticas políticas de la época (De Riz, 1979: 73).

Existió un mesianismo que si bien no ha estado ajeno a la historia política del país (Tironi, 1998: 57), expresó la búsqueda de un “gobierno de treinta años”, siendo el único partido que gobernó sin estructurar una alianza de gobierno (Garretón, 1992: 4-5). Esto se explica porque el PDC era un actor político diferente, tanto en su ideología y estrategia, como en su estilo político y habría desarrollado un “mesianismo” incompati-

ble con el pluralismo existente en esa época, cuyo origen estaría en su historia e ideología, surgido de las enseñanzas de la Iglesia y retroalimentado en su contacto con ella, donde las verdades y mensajes de salvación influirían en su estilo de hacer política. Este mesianismo que lo impulsaba al aislamiento político y a rechazar los entendimientos estables con la izquierda (Garretón, 1982: 372) se expresaba también en los “tonos” que empleaban los activistas que recorrían el país, lo que correspondía con la estrategia de ampliación del universo electoral y la correspondiente movilización hacia las urnas en el momento de sufragar (Correa *et al.*, 2001: 207). Todo ello fue sustentado por un espectacular crecimiento electoral. Por otra parte, el PDC mostraba “cuadros técnicos” que aportaban a sus soluciones “una apariencia científica, lo que llevó a un plan de reformas estructurales que habrían de cambiar la realidad chilena” (Gazmuri, 1986: 64-65).

En 1964, el PDC llegó a la primera Magistratura del país y fue el primer partido de su tipo en llegar al poder en América Latina (Collier y Sater, 1996: 265). Sería entendido para algunos como una expresión de “insurgencia política”, ya que inició otra etapa en la vida institucional del país, un estilo de gobernar sustentado en el “anhelo de pureza doctrinaria que caracterizó a los miembros fundadores del partido” (Urzúa, 1992: 607-609). Al acceder al gobierno, la política chilena tomó otro estilo, caracterizado por la influencia de los científicos sociales y de las posturas de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (Góngora, 1994: 249)

### *Algunas causas de la institucionalización del PDC. 1957-1973*

En la arena política nacional, a mediados de los sesenta se empezó a desarrollar un creciente interés de los científicos sociales por el laboratorio de experiencias de gobiernos desarrolladas con la “Revolución en Libertad” del gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) y luego la vía chilena de transición al socialismo de la Unidad Popular de Salvador Allende (1970-1973). Con ello, la década de los sesenta y principios de los setenta se caracterizó en lo político por lo que Mario Góngora llamara la “época de proyectos globales y excluyentes”, y en lo económico “movimientos pendulares entre estatismo y mercadismo extremo” (Muñoz, 1991: 7), siendo éste último una de las características del régimen autoritario (1973-1990).

Los partidos políticos intermediaban “entre los sectores privado y público” y proveían “de organización, movilización y canales de participación, reclutamiento y liderazgo, a la cada vez más compleja sociedad y política chilena (Chaparro, 1986: 2). El sistema de partidos fue estable, representativo, inclusivo, altamente ideologizado, con una fuerte imbricación con el liderazgo de organizaciones sociales, lo que le restó autonomía a éstas y una fuerte tendencia a la polarización (Garretón, 1989: 462). Así, la participación fue canalizada casi exclusivamente por los partidos políticos.

El crecimiento de la Falange Nacional se dio en el contexto histórico del segundo gobierno del general Ibáñez (1952-1958). El triunfo de este último se obtuvo bajo una campaña antipartidos, producto del desprestigio de éstos, en particular el Radical, que había detentado el poder entre los años 1938 a 1952. La ciudadanía le dio el respaldo al viejo dictador con la esperanza de “barrer la politiquería” que había llevado al país a una crisis económica. “La escoba para barrer a los políticos y limpiar la administración pública fue el emblema de la campaña ibañista” (Aylwin *et al.*, 1990: 190; Scully, 1992: 153). La Falange Nacional, en 1953, había bajado a cuatro diputados y seguía obteniendo escaso apoyo. La dispersa fuerza gubernamental, pese a los buenos resultados en esos comicios, no logró conseguir las mayorías necesarias en la Cámara de Diputados y el Senado. Luego de algunos años de gobierno, se comenzaron a sentir las primeras muestras de descontento frente al régimen. Las promesas electorales incumplidas, la endémica crisis económica y la heterogénea coalición de gobierno, contribuyeron a la pérdida de apoyo y desprestigio de Ibáñez. “Con el derrumbe del ibañismo, se incorporaron al partido diversas fracciones de esa extracción, algunos también con resabios corporativistas” (Villalobos, 2001: 865).

Simultáneamente a la declinación de los partidos de derecha, los partidos de izquierda y el nuevo partido Demócrata Cristiano comenzaron a crecer electoralmente. A esto se sumaron las importantes reformas electorales a fines de los cincuenta, que hacen retornar a la legalidad al Partido Comunista, y la reforma a la ley electoral con el objetivo de evitar el cohecho, procurándole un gran golpe a los partidos tradicionales.

El sistema de partidos tradicional comenzaba a hacer crisis por todos lados:

los partidos (Conservador, Liberal y Radical)... no estaban en una posición... para poder mantener la hegemonía”. Además, “... había gente que pensaba que había que fortalecer un centro, dado que el centro radical estaba bastante rechazado y... desprestigiado..., había que buscar gente de centro equilibrada que pudiera cambiar la situación política y esa visión era aceptada por muchos... (Entrevista a Francisco Cumplido, 2002).

El rol de centro del partido radical, más pragmático, fue siendo reemplazado por un nuevo tipo de partido de centro, más “doctrinario” (Aylwin, 1990: 197)

La dispersión en diversos partidos políticos de grupos de inspiración socialcristiana no había producido los dividendos electorales que se esperaban; al contrario, los había perjudicado, otorgándole una escasa representación en el Parlamento. La unidad de los partidos socialcristianos no sólo era un imperativo político, sino una necesidad para la sobrevivencia. Los resultados electorales de 1953 empujaron a la Falange Nacional y al Partido Conservador Socialcristiano a formar la Federación Socialcristiana. Fue el primer paso para constituir, en 1957, el Partido Demócrata Cristiano.

¿Qué factores influyeron para que el recién creado partido se convirtiera, desde 1963 hasta el 2001, en la primera fuerza electoral de Chile? Claramente los factores nacionales pesaron más que los internacionales, todos ellos diferenciados pero claramente complementarios, tal como se verá a continuación.

### *El liderazgo carismático de Eduardo Frei*

La Falange tenía grandes líderes que se destacaban por diversos ámbitos. El papel jugado por Eduardo Frei fue fundamental, “se había destacado mucho en el Senado, había sido elegido el senador del año por los cronistas... tenía mucho prestigio” (Entrevistas a José de Gregorio, 2002; Aylwin, 2000). No es extraño que se plantee que, “en buena medida, gracias al carisma de Frei, la Falange finalmente se había puesto los pantalones largos” (Moulian y Guerra, 2000: 61).

Los “falangistas” se habían familiarizado tempranamente con los textos pontificios, en los cuales se destacaba claramente el rol de quienes ejercían la política. En palabras de Pío XI: “la forma más alta de la Caridad, del amor a Dios en el Servicio al prójimo, después del estado religioso mismo, es la política, es la acción política”. Esto tendrá una enorme influencia en la construcción retórica de la política como vocación y en la capacidad de reclutar una elite.

En efecto, el PDC, como partido en formación, y especialmente frente a elecciones, requería generar y afrontar los efectos de las nuevas ideas que proponía. Primero, asumir el efecto directo de “persuasión”, que no es más que la adopción de una nueva teoría por quienes están trabajando el tema, y segundo, el de “reclutamiento”, que atrae a algunos de los miembros más inteligentes, enérgicos y dedicados de su generación, lo que se analizará a continuación. Sin embargo, un problema que no se podía prever es cuándo el efecto de reclutamiento invade el de persuasión y los nuevos teóricos generan ideas muy diferentes a las que los sedujeron inicialmente (Hirschman, 1996: 95). Esto último es lo que llevará al fraccionamiento del PDC, tema que no trataremos en este artículo.

### *La “calidad” de la elite*

Es sostenible asumir que el éxito electoral e influencia política del PDC se basó en la calidad de sus dirigentes y líderes políticos, que se fundamentaba en una imagen de austeridad, de rigor analítico y de poseer una visión nacional de los problemas. Uno de los aspectos sobresalientes de los jóvenes falangistas, que ayudó a la adhesión ciudadana que tuvo la Falange años después, fue –en gran medida– la calidad de su elite, particularmente, el nivel educacional de sus dirigentes, candidatos y parlamentarios (entrevista a Jaime Castillo Velasco, 2003). Los falangistas eran

un grupo de intelectuales universitarios santiaguinos, católicos, cuyo estilo de vida, menos gregario y más austero y moralista, fue imprimiéndole un carácter a la colectividad (Adler Lomnitz, 2002: 10).

Esta caracterización es transversal al credo religioso, posición política y visión de la sociedad que se sustente. De hecho, Tomás Moulian, un hombre de izquierda y precandidato presidencial del Partido Comunista, decía que la:

Falange era un partido sin poder estatal significativo pero que había conseguido una cierta influencia política, bastante superior a su fuerza electoral. Esa influencia se basaba en la calidad de sus dirigentes y líderes políticos, casi todos provenientes del campo profesional, estudiosos y cultos. También se basaba en que había logrado constituir una imagen de pureza y limpieza política y poseer una visión nacional de los problemas, ajena al particularismo y a la mezquindad de los partidos clientelísticos (Moulian, 1986: 11).

En esta descripción se observan dos hechos importantes: primero la tendencia a dar peso específico a los intelectuales en los partidos chilenos, lo que acentuaba el factor ideológico en la política de los partidos (Angell, 1986: 9), y segundo, que desde los 90 el *ethos* y el estilo de hacer política que identifica Moulian se pondrá en cuestión.

Ahora bien, la calidad de los candidatos es en sí mismo un tema polisémico, aunque existe consenso en que el éxito electoral de los partidos parece depender de manera creciente de la imagen pública de sus líderes o candidatos. Si bien para algunos, ninguna generación posterior estuvo “a la altura” (Micco, 2001: 2), al asumir muchos demócratacristianos este discurso se desconoció lo poco que se sabía del funcionamiento real de este “grupo”, creando una “leyenda” que tendió a quedarse con las innegables cualidades intelectuales, pero dejando de lado los estilos de liderazgo no siempre democráticos e inclusivos que algunos “viejos falangistas” tuvieron. De hecho, se construyó un *ethos* donde los militantes reconocían una tradición que les enseñaba que no se buscaban las cualidades personales del candidato, sino asegurar su compromiso de defender intereses del partido que, a su vez, representaba a grupos más bien de clase media. El compromiso del candidato se manifestaba en su adscripción a un programa y a un partido. Ello hacía que toda consideración sobre la representación política debía tener en cuenta la posición que el partido ocupaba entre electores y elegibles. La distancia que crecientemente se va forjando entre candidatos y militantes es una fuente de conflicto que cobrará especial relevancia a partir de la administración Aylwin.

### *El trabajo falangista y del Partido Demócrata Cristiano en los sesenta*

Durante un buen período, la Falange Nacional no pasó de ser un pequeño partido, sin ningún grado de significación nacional. La representación parlamentaria que tenía era mínima y no era fundamental su respal-

do a los distintos gobiernos para garantizar la gobernabilidad democrática; al contrario, en muchos casos, la representación que tenía en los distintos gobiernos que integró, en pasajeras alianzas políticas, estaba sobrevalorada. Pese a ello, los esfuerzos que se realizaban en el mundo social eran importantes. El trabajo con los sindicatos (Grayson, 1968: 339; Hofmeister, 1995: 47), las mujeres, los estudiantes, comenzaron a tener resultados. “Por eso su base social fue muy amplia, comprendiendo a sectores medios, profesionales, obreros, campesinos, mujeres y aun algunos empresarios” (Aylwin *et al.*, 1990: 197; Yocolevzky, s/f: 51-52). Para el ex diputado Andrés Aylwin, el punto fundamental del crecimiento se debió al gran trabajo desarrollado en la base, con los trabajadores, los estudiantes, las mujeres:

...ese trabajo que se ha ido haciendo por pequeños grupos, por pequeños líderes, empieza a producir resultados, empieza a delinarse muy claramente como una alternativa distinta a la Derecha. Pero también distinta al marxismo, y empieza haber un sector de la opinión pública que comienza a ser interpretado por ese mensaje que transmite la Falange... (Entrevista a Andrés Aylwin, 2000).

El PDC, a partir de 1957, se compromete con un proceso de extender la “ciudadanía” a los sectores populares, a los campesinos y a los jóvenes y con ello se benefició de la “intensa y extensa movilización electoral” (Huneeus, 1988: 95). Del mismo modo, la sindicalización fue una fuente importante de reclutamiento político que desarrolló la DC, y tendrá importantes efectos, como se verá más adelante, tanto en el mundo rural y urbano como en las organizaciones poblacionales.

*Su capacidad para insertarse en el mundo popular urbano y con ello disputarle el voto a la izquierda*

El sistema de partidos en Chile surge –según Scully– a partir de tres “coyunturas críticas”: el conflicto religioso, que se resuelve formalmente con la separación de la Iglesia y el Estado mediante la Constitución de 1925, tema no abarcado en este trabajo; la irrupción de la clase trabajadora urbana, y finalmente la rural, posibilitando con ello las condiciones para el nacimiento de determinados partidos políticos.

La segunda coyuntura, que se manifestó a principios del siglo XX, fue la “cuestión social”, que surgió a raíz de la irrupción de la clase obrera urbana, cuyas demandas sobrecargaron una institucionalidad, que no tuvo la capacidad y rapidez para responder efectivamente a ese proceso de cambio social. Los partidos –Partido Comunista, Socialista, Partido Nacionalsocialista y Falange Nacional– que se incorporaron a partir de ese momento, configuraron un sistema que tuvo vigencia por treinta años (1932-1957).

Entre 1960 y 1973 existieron tres intentos de generar participación y organización a escala local. Primero, el movimiento urbano o “movimiento de pobladores” que se expresaba principalmente en las tomas de terre-

nos tendientes a construir viviendas. Su importancia para los partidos de centro e izquierda era la misma, aunque a nivel de discurso se presentaba distinta: para la DC, la cuestión de la vivienda le permitía objetivar una necesidad que afectaba a diversas clases sociales, permitiéndole movilizar principalmente a los más pobres, mientras que a la izquierda revolucionaria le permitía “una ventaja táctica en la lucha reivindicativa urbana, que le abría una vía de penetración en la clase obrera” (Castells, 1974: 2001).

El segundo intento fue el que llevó a cabo la Democracia Cristiana durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, al proponer la creación de Juntas de Vecinos, uno de los postulados básicos de su programa electoral el año 1964 y parte de la “Promoción Popular” y se basó en el modelo de integración social de los grupos marginales que desarrolló el Centro Económico y Social de América Latina (DESAL), fuertemente vinculado a la DC, dirigido por el sacerdote jesuita Roger Vekemans. DESAL planteaba que las estructuras socioculturales, económicas y políticas existentes, impedían la integración de los grupos marginales, cuya situación se caracterizaba, además, por una desintegración interna. La marginalidad impediría a los hombres mejorar su situación en forma voluntaria y racional; por ello es que los marginales dependerían de la ayuda externa para mejorar su situación (Hofmeister, 1995: 122). Para Alfredo Rehren (1991: 217), éste fue el único intento de democratizar el sistema municipal.

La idea central era garantizar legalmente el reconocimiento de esta instancia, como órgano representante de los vecinos, al permitirle establecer “demandas oficiales” ante el municipio, los parlamentarios y el gobierno central. Con ello se dejaría de lado las solicitudes de favores personales (Petras, 1974: 211-212). La ley establecía que los presidentes vecinales podían asistir a las sesiones del Concejo Municipal o las Comisiones con derecho a voz (Artículo 2). Además, por medio de la Unión Comunal de Juntas de Vecinos podían determinar, junto al alcalde, cada segunda quincena de agosto, el orden definitivo de prelación de las obras comprendidas en el Plan Comunal (Artículo 25) o aportar recursos para obras de adelanto. La resistencia de los regidores y los funcionarios municipales generó que la integración de las juntas fuera mínima (Fernández Richard, 1981: 29).

Debido al temor de la oposición por la posible manipulación de la DC, el proyecto de ley sufrió importantes restricciones, especialmente la propuesta de dotar a las Juntas de Vecinos de infraestructura nacional y de financiamiento. Esto porque se estaría creando una estructura social paralela a la estructura político-administrativa (Vanderschueren, 1971: 72). De hecho, la promulgación de la ley sólo fue posible en noviembre de 1968, cuatro años después de que asumiera Frei Montalva. La debilidad central de la Promoción Popular habría sido que su proyecto de desarrollo social necesitaba un crecimiento económico “dinámico”, condición que el sistema chileno no era capaz de ofrecer (Petras, 1971: 323, 327, 213).

Las organizaciones no escaparon, en el corto plazo, a la fuerte mediación entre las demandas locales y el Estado, que realizaban quienes tenían cargos de representación en la estructura vecinal y de éstos con los parlamentarios. Ello porque, ante la proliferación de Juntas en las poblaciones y con la necesidad de gestionar los innumerables problemas de equipamiento, se comenzaron a utilizar las “recomendaciones” ante la burocracia, dadas por algún dirigente político y que permitían obtener un trato preferencial en la presentación y posterior resolución de las demandas (Gallardo, 1989: 11). Aunque importantes, al no existir información disponible, no es posible saber si por medio de las juntas de vecinos existió un aprendizaje político que permitiera a los ciudadanos alcanzar cargos más importantes al nivel local (Botella, 1992: 142).

### *La penetración en el mundo rural*

A fines de la década del cincuenta, donde se expresa la tercera coyuntura crítica, la incorporación progresiva de la clase rural al sistema político terminó por consolidar y estructurar el sistema de partidos que había surgido aproximadamente un siglo antes. Con ello se comenzó a resolver la exclusión del sector campesino (Valenzuela, 1998: 268-269), proceso por lo demás lento, ya que sólo pudieron sindicalizarse legalmente en 1967 (Vial, 1999: 4). Por una parte, existió una estructura señorial forjada postindependencia que perduró hasta la década del sesenta (Jocelyn-Holt, 1997: 147). Esto se debió por otra parte a la postura de los partidos políticos, donde los radicales, que mantenían lazos con empresarios agrícolas, rechazaron la sindicalización rural y urbana, manifestando de esta manera un desinterés en la participación y el perfeccionamiento de la representatividad, por cuanto pondría en peligro su estabilidad electoral (Moulian, 1983: 52 y 57), mientras la izquierda no incluyó las reivindicaciones del proletariado rural hasta fines de los cincuenta (Petras, 1971: 152), debido a que sus preocupaciones políticas estaban en el proletariado urbano y la importancia de la “implantación electoral” (Moulian, 1983: 52) de los sectores mineros e industriales.

Fueron los demócratacristianos, durante del gobierno de Frei Montalva (1964-1970), quienes, según James Petras (1971: 323), impulsaron la “agremiación de los trabajadores asalariados del campo”, efecto que habría sido más importante que la Reforma Agraria (Chaparro, 1980: 40-41). La sindicalización campesina contribuyó fuertemente a la polarización del sistema político en el campo, donde “una mayoría decisiva se volcó hacia la izquierda”, favoreciendo la creciente expresión de una política radical (Petras, 1971: 327). La gran transformación en el sistema de partidos que se produjo a fines de los años 50, fue la expresión de un cambio social profundo, que incorporó a aquellos sectores marginados hasta ese momento, terminando –de paso– con la base de poder de los partidos políticos tradicionales (Jocelyn-Holt, 1998: 90-93). Como plantea

Moulian, esto refleja la etapa de profundización democrática que abarca el período comprendido entre 1958 y 1973 (1982: 106).

*Su capacidad para interpretar a los sectores medios católicos*

Páginas atrás planteábamos que la DC no tiene un “electorado natural” en la clase media, lo cual debe entenderse en dos momentos históricos distintos. En la “vieja democracia” la clase media era considerada como la “columna vertebral del Chile del siglo XX”. Desde 1920 todos los presidentes han tenido su origen en esta clase social, del mismo modo que la mayoría de los intelectuales del arte y la cultura (Gazmuri, 2002b: 1).

La DC entra a competir por ella con el Partido Radical (Urzúa Valenzuela, 1992: 516). No obstante, es necesario recordar que el concepto “clase media” es altamente heterogéneo en su composición y en sus vínculos con la estructura social, así como por la variedad de los distintos segmentos que la componen: empleados, empresarios rurales y urbanos, agricultores, comerciantes, industriales de la pequeña y mediana empresa, etc.

En una encuesta aplicada en las elecciones presidenciales de 1958, las clases medias (alta y baja en promedio) votaban en un 33% por la derecha, en un 25,3% por el centro y en un 18,8% por la izquierda (Valenzuela, 1985: 151).

Así expuesto, es necesario precisar que la clase media que logró aglutinar el PDC fue esencialmente católica. Esto afectó en parte al Partido Radical, que vio mermado su poder electoral y de escaños frente al PDC.

*La capacidad de disputarle los votos católicos a la derecha*

Scully (1992: 154-155) muestra cómo el cambio de posición de la Iglesia frente a la fisura de clases tuvo profundas consecuencias en la forma como el campesinado fue incorporado en el sistema de partidos, ya que al tomar distancia como aliado social y político clave de la oligarquía rural y de sus representantes políticos, el Partido Conservador perdió el elemento esencial de su identidad histórica: su conexión con la Iglesia Católica (Valenzuela, 1995: 43, 57; Etchepare, 2001: 154), disminuyendo sus votos frente a la Democracia Cristiana (DC), aunque paradójicamente, las políticas que implementara la DC consolidaron la unidad de la derecha, y con ello la fundación del Partido Nacional en 1967 (Correa, 1986: 30). La nueva Doctrina Social de la Iglesia empezó a cristalizar en la década de los 30, lo cual fue acercando crecientemente al Magisterio con la Democracia Cristiana, llegando a establecerse una fuerte alianza en temas sociales y programáticos. El mayor compromiso de la Iglesia con los más desposeídos urbanos y rurales tendía puentes con la DC, ya que mientras la Iglesia fortalecía sus vínculos organizati-

vos con los sectores hasta ese entonces descuidados pastoralmente, la Falange, antecesora de la DC, se ocupaba de formar cuadros de líderes dentro de los mismos grupos, extrayendo militantes para sus filas a partir de los programas relacionados con la Iglesia; de hecho, la DC adoptó un perfil partidario que atraía al electorado de dos maneras: era un partido cristiano sin definirse confesional, es decir, no se identificaba como un partido “católico” ni como un nexo orgánico similar al que la Iglesia había tenido con el Partido Conservador (Valenzuela, 1995: 58; Smith, 1982: 107), logrando con ello autonomía de la Iglesia y, por otra parte, era percibido como el único obstáculo viable al continuo crecimiento electoral de los partidos marxistas (Scully, 1992: 196-199, 146-147, 177 y 195).

El cambio de rol de la Iglesia Católica en la historia nacional, particularmente en la década del cincuenta, tuvo profundas repercusiones en el sistema de partidos (Scully, 1992: 145-146). La incorporación de elementos progresistas al clero significó un giro en su discurso y en sus prioridades (Scully, 1992: 177). De esta forma, la Iglesia comenzó a separarse de su tradicional aliado político, el Partido Conservador. El voto católico no era, como en otros tiempos, monopolio del Partido Conservador. A partir de mediados de la centuria, la Iglesia levantó “un acta de defunción” sobre sus relaciones con el mundo político conservador”. El nacimiento de la Democracia Cristiana y el apoyo ciudadano que recibió desde entonces, reflejaba la evolución de la Iglesia Católica de la posguerra (Aylwin, 1986: 197).

En síntesis, el PDC ocupó un espacio predefinido que mezclaba posturas socioeconómicas reformistas, con una subcultura generalmente católica (Valenzuela, 1995: 63)

### *La captura de la votación femenina*

A principios de 1949 se dictó la Ley N° 9.292, la cual otorgaba el derecho universal de voto a la mujer. Paradójicamente, esta ley generó la dispersión del movimiento femenino al perder su carácter reivindicativo; además, aquellas mujeres que se incorporaron a los partidos no obtuvieron significativos puestos ni relevancia nacional. Basta mencionar que, entre 1952 y 1973, sólo 30 mujeres ocuparon escaños parlamentarios: 27 diputadas y 3 senadoras. En cuanto a la proporcionalidad de la votación, la izquierda fue el sector que aumentó mayormente, aunque la Democracia Cristiana fuera, en números absolutos, el partido con más parlamentarias electas.

La escasa representación de género se puede explicar porque las distintas opciones políticas, constituidas alrededor de cuestiones públicas, no lograron tocar el entorno cotidiano, privado y, menos aún, movilizar a las mujeres (Molina, 1986: 20) porque, en virtud de las orientaciones tradicionales imperantes en relación con el rol extrafamiliar de la mujer, éstas se inscriben y participan en una proporción mucho menor de lo

que hubieran podido hacerlo (Borón, 1972: 28). Si bien la incorporación fue “gradual”, que en ninguna de las Constituciones Políticas se prohibía el voto femenino de forma expresa y que, por lo tanto, la no participación tendría su explicación en la tradición y costumbre jurídica (Morodo, 1968: 20), las mujeres que se inscribían votaban en un alto porcentaje, mayor incluso que los hombres.

Los resultados electorales mostraron sistemáticamente, respecto de los partidos de izquierda, una votación femenina menor que la votación masculina en aproximadamente un diez por ciento, tendencia que se mantuvo hasta 1973, lo que podría expresar una inclinación hacia lo tradicional y, en algún sentido, lo conservador (Flisfisch, 1990: 1).

En contraposición a esta visión, las autoras Mariana Aylwin, Sofía Correa y Magdalena Piñera (1986: 61-67) plantean que no existiría una baja participación política de la mujer, en proporción con su tardío ingreso formal al sistema político, agregando que la votación femenina no habría sido predominantemente conservadora. Para ellas, el mito de que el voto femenino es conservador, es casi un lugar común. Lo cierto es que el análisis histórico demuestra otra cosa, ya que la votación femenina tuvo un comportamiento similar al de la votación general, en el sentido de que se tradujo en una división en tres tercios del electorado femenino. Y lo más importante, en las elecciones parlamentarias las mujeres votaron principalmente por aquellos partidos que propiciaron cambios, proceso que se fue acentuando durante los años sesenta. Sumados los votos femeninos de la Democracia Cristiana, del Partido Radical y de la izquierda (partidos Socialista y Comunista) en las elecciones de 1969, sobrepasaron el 80% del total (Aylwin, 1986: 66).

No obstante, esto no ocurrió en las parlamentarias de marzo 1973, donde existió votación claramente diferenciada entre hombres y mujeres. Mientras los varones votaron en un 49,9% por la Confederación Democrática (CODE) y en un 48,1% por la Unidad Popular (UP), la votación femenina favoreció en un 59,6% al CODE y sólo con un 38,8% a la Unidad Popular (Cruz-Coke, 1984: 25). Es importante recordar que la CODE incluía a la Democracia Cristiana, que fue el partido que obtuvo la más alta votación, pero lo que se quiere hacer notar aquí es el hecho de que, ante una situación de posiciones extremas, las mujeres no se inclinaban por los partidos de izquierda, sino por el centro y la derecha.

La votación femenina por el PDC desde 1965 lo transforma en el partido más votado y, con la salvedad de ese año, se mantiene estable en un 29% para los años 1969 y 1973.

¿Por qué las mujeres votaron mayoritariamente por el PDC respecto de otras colectividades políticas? Siguiendo la línea argumental de la influencia de la Iglesia Católica, los electores con fuerte identificación religiosa, como sería el caso de las mujeres, votaban por el Partido Conservador y posteriormente por el PDC (Valenzuela, 1965: 102). Por lo tanto, la variable independiente no es el género, sino la religión

Otra posible explicación está dada por la calidad de los liderazgos del PDC, y en este sentido el liderazgo carismático de Eduardo Frei Montalba fue un importante catalizador de las preferencias electorales femeninas, logrando traspasar la intención de voto a candidatos de su partido.

Resumiendo, hemos expuesto ocho argumentos para explicar la institucionalización y crecimiento electoral de la DC, en la “vieja democracia” y corresponde ahora avanzar en la lógica de cambio y continuidad hacia la llamada “democracia de los acuerdos”, modelo que se implementa a partir de 1990.

### **Las continuidades y los cambios en la “Democracia de los acuerdos”: 1989-2005**

La Democracia Cristiana –a diferencia del Partido Nacional que se autodisolvió al poco tiempo del golpe militar– buscó preservar la organización de la red partidaria, adoptando una inusual estrategia de sobrevivencia clandestina (Cañas, 1997: 76) que fue posible, en primer lugar, porque, a diferencia de los partidos de izquierda, el PDC fue “tolerado” por el régimen autoritario, que sopesó los altos costos nacionales e internacionales que implicaría reprimir a un partido que estaba asociado con la oposición al gobierno de Allende, y, en segundo lugar, por la referencia permanente que hizo la prensa durante los primeros tiempos del régimen a sus líderes más connotados. Además, poseía canales de comunicación masiva –una revista semanal, una estación de radio, una editorial y el apoyo de la Iglesia Católica (A. Valenzuela y S. Valenzuela, 1982: 601). Lo anterior le permitió enfrentar las futuras elecciones de mejor manera que el resto de los partidos, liderar la transición y ser percibido como “la marea azul”, frase que reconocía la capacidad de articulación que ningún partido tuvo hasta 1988.

Sin embargo, en los ochenta reflorecen dos visiones distintas de cómo enfrentar al régimen militar, que en principio surgen por divergencias de estrategia política. Por un lado, estaban los “chascones” y “grupos progresistas”, encabezados por Gabriel Valdés y Ricardo Hormazabal, que proponían “una movilización social pacífica ascendente” (Otano, 1995: 14) para derribar a Pinochet, y la otra, adoptada por Patricio Aylwin y Adolfo Zaldívar, de aceptar las reglas del juego de la Constitución de 1980, esto es, la inscripción del partido y explorar la posibilidad de agruparse en una coalición de centro o “chica”, excluyendo a los socialistas y a los sectores políticos más radicalizados. Esta tesis finalmente se impuso (Huneus, 2002: 8).

No extraña entonces que no se haya logrado nunca una coalición de partidos en la oposición al régimen autoritario. En 1983 se constituyó la Alianza Democrática (Republicanos, Liberales, Socialdemocracia, Democracia Cristiana, Partido Radical, Unión Socialista Popular, Partido So-

cialista, sector Briones o Núñez); paralelamente surge el Movimiento Democrático Popular (Partido Socialista, sector Almeyda, Partido Comunista, MIR y otros grupos menores). El intento más importante de reagrupamiento fue el Acuerdo Nacional, a mediados de 1985 y a instancias del cardenal Fresno, donde se agregaron a los partidos de la Alianza dos partidos de derecha –el Partido Nacional y la Unión Nacional– y la Izquierda Cristiana. En 1986 este Acuerdo Nacional se amplió a varios grupos socialistas y al MAPU, pero se sustrajeron la Unión Nacional y la Izquierda Cristiana (Garretón, 1987: 40).

La Alianza Democrática, al inicio de la campaña plebiscitaria, dio origen a la Concertación de Partidos por el NO, antecedente inmediato de la Concertación de Partidos por la Democracia (Saffirio, 1994: 68-69). En todo este proceso el PDC se transformó en el partido eje de la alianza electoral, la que se estructuró en una nueva dimensión diferenciadora de los partidos, sobre la base del apoyo o rechazo al gobierno militar, relegando las fuentes tradicionales de conflicto entre los partidos (Scully y Valenzuela, 1993: 203).

Si bien este partido inicia los años noventa con Patricio Aylwin como Presidente de la República y es el partido más votado y con más diputados y senadores, enfrenta al igual que el resto de los partidos una crisis de representación, pero que en la DC tendrá su máxima expresión y será una de las variables que más explican el deterioro de la imagen del PDC en la mayoría de las dimensiones políticas relevantes: credibilidad, transparencia y confianza.

### *El PDC en un contexto de crisis generalizada de los partidos*

Los partidos se han visto enfrentados al dilema de que los que siguen defendiendo estrategias anteriores a la crisis de los ochenta se autocondenan al fracaso, pero los que desarrollan nuevas estrategias, desdibujan su propia identidad y pagan el precio de una crisis de representación entre sus seguidores, además de previsibles crisis o tensiones internas (Paramio, 1996: 104-114).

Los partidos políticos que eran la “columna vertebral de la sociedad chilena”, ni concertan, canalizan, median ni representan a la “base social” frente al Estado (Garretón, 1987: 64). Tampoco proporcionan organización, movilización, canales de participación, reclutamiento y liderazgo (Chaparro, 1985: 6), tal como lo hicieron hasta 1973. En este contexto, existe una notable discontinuidad respecto al sistema de partidos de los noventa, aunque se mantuvo en el tiempo un fuerte sentimiento antipartidista (Angell, 1993: 29), una imagen desfavorable de ellos y un bajo interés por la política (Baño, 1993: 35 y 16). Se reconoce una paradoja que se ha mantenido en el tiempo: la importancia de los partidos era inversamente proporcional a la opinión negativa que manifestaban las personas respecto a su actuación.

La Democracia Cristiana, “más que cualquier otra agrupación, encarna la crisis de los partidos” (Halpern, 2002: 58). Las lealtades políticas de antaño han desaparecido en importantes sectores de la ciudadanía: “...cada día son más escasos quienes votan regularmente por el mismo partido político...”. A ello se suma el reemplazo de las utopías colectivas por los proyectos personales (Informe PNUD 2000: 22 y 27).

El votante de centro, sector que tradicionalmente fue demócratacristiano, empezó a ser fuertemente disputado por un aliado, el Partido por la Democracia (PPD), y, fundamentalmente, por la Unión Demócrata Independiente (UDI), que con un fuerte trabajo en los sectores populares, sólidos recursos económicos y una estrategia mediática-comunicacional potente, ha ido captando significativos espacios. Esta disputa en torno al voto de centro significó una pérdida importante en este sector para el PDC (Tironi, 2002: 34 y 154).

Es importante recordar que diagnosticar malestares no es nuevo en Chile, hecho que viene siendo observable desde el Centenario de la Independencia (Jocelyn Holt, 2001: 11). En parte por lo anterior y por la cultura política nacional, las repercusiones electorales de esta crisis de representación de los partidos tradicionales como el PDC son más bien limitadas. De hecho, el número de partidos que actualmente posee representación parlamentaria no se diferencia significativamente de la situación del período 1969-73: la cifra ha fluctuado entre siete y ocho partidos (Saffirio, 1994: 10).

Siguiendo a Huneus (2002b: 5-10), cuatro factores provocan los problemas del PDC: los costos de la democratización; el impacto de factores institucionales provenientes del régimen presidencial; el papel de una prensa escrita hostil a éste; y, por último, el sentimiento antipartido existente en ciertos sectores de la elite y en la población.

Existen además otros hechos que han ocasionado un gran impacto público, que sirven como factores para explicar la menor adhesión electoral a la DC. El escándalo de las indemnizaciones, ocurrido a mediados de 2000, que involucró a ex ejecutivos de empresas públicas, fundamentalmente militantes del PDC, produjo un fuerte impacto. En palabras del senador Jorge Pizarro: “Desde el punto ético, lo peor fueron las indemnizaciones. Miles de demócratacristianos hemos pagado por cinco u ocho que usaron y abusaron de la confianza que se les dio” (Pizarro, 2000).

El actual presidente de la Democracia Cristiana, Adolfo Zaldívar, resume la situación actual de su partido de la siguiente forma: en 1989 la DC compitió en 45 distritos y obtuvo el 33% de los votos; en la elección del 2001, compitió en 57 y logró el 18% de las preferencias electorales. Tras doce años, más de un millón de chilenos dejó de votar por este partido de centro (Zaldívar, 2001: 1).

### *Las continuidades*

#### *La renovación ideológica: mucha prensa, poco programa*

El primer congreso ideológico de la DC se realizó en 1959, dos años después de constituirse como partido, y en 1991 el último. Desde esa fecha, las distintas mesas directivas han planteado la necesidad y conveniencia de convocar nuevamente a esa instancia de reflexión y reencuentro con sus bases ideológicas y doctrinarias, reconociendo una opción más cercana a lo contingente que a la actualización doctrinaria (entrevista a Francisco Cumplido, 2002). De hecho, en 1997 se adoptó la decisión de realizar un congreso ideológico y programático, cuya comisión organizadora presidió el senador Gabriel Valdés, el cual debía convocarse para 1998; sin embargo, a la fecha aún no se ha realizado.

La falta de innovación programática acentúa la crítica sobre un partido carente de definiciones (González, 1989: 50), lo que se expresa en una ambigüedad o múltiples discursos frente a los principales problemas de la política nacional. Paralelamente, no se observa una política sistemática de confrontación de posiciones dentro de la propia colectividad, con los partidos de la Concertación y con los de la derecha. El debate interno es coyuntural y normalmente reactivo a posiciones que adoptan sus figuras nacionales y muy especialmente sus parlamentarios; las posiciones sobre temas centrales tienden a no mantenerse como un debate en el tiempo y con ello no se revitaliza la agenda programática.

Las antiguas tesis partidarias de “ir más allá de las izquierdas y las derechas”, no se van renovando y con ello –para algunos– las preocupaciones van más bien por “las pegas, el pituto, que de hacer valer nuestras ideas” (Pizarro, 2002), existiendo “una verdadera obsesión por los cargos públicos de parte de numerosos militantes” (Burgos, 2001), donde importa más “mirarse a sí mismos, buscar puestos para su gente, luchar por tener cargos (Valdés, 2000). Con añoranza se escucha “...en mis tiempos se entraba a la DC por idealismo” (Aylwin, 2000). Ya Eduardo Frei Montalva señalaba que cuando el “partidismo predomina... pasa a ser más una agencia de empleos o de influencias burocrático-administrativas, que un medio de expresión de ideas” (1956: 77). En esta línea argumental, falta asumir la tendencia de los partidos a profesionalizarse o presumir que existe un club de militantes que se saluda, premia y celebra mutuamente, la mayor de las veces más en privado que en público, pero que no olvida la existencia de una clientela de militantes y simpatizantes. Se observa una “contradicción entre la fuerza política e intelectual de sus líderes políticos y la percepción que el país tiene de ser el partido que más se preocupa de ‘pegas’ y ‘pitutos’ y, paralelamente, la tendencia de “muchas de sus directivas, parlamentarios y figuras nacionales” a concentrarse en temas menores: pugnas internas; luchas por ser candidatos parlamentarios; influir en nombramientos de funcionarios públicos y querellas y descalificaciones de partidos y dirigentes (Arriagada, 2002: 3).

En la búsqueda de renovar las ideas, Gutenberg Martínez (2001) presidente de la DC y presidente de la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA) propuso un camino alternativo al liberalismo, al conservadurismo compasivo y la tercera vía; planteó un “centro reformista” inserto en un profundo proceso de reflexión de las democracias cristianas europeas. ¿Cuáles eran las diferencias? y ¿cuál era el aporte original?; estas preguntas están aún abiertas.

Es importante recordar que el reformismo fue uno de los criterios que legitimó las decisiones de políticas sociales en los sesenta y setenta; estaba dentro de los criterios de desarrollo dominantes en la historia de América Latina y era entendido como un proceso paulatino respecto de la propuesta revolucionaria más radicalizada. ¿Tiene prestigio, hoy por hoy, el reformismo como criterio de desarrollo respecto al liberalismo, o más bien neoliberalismo? Claramente no, más aún, cabe preguntarse si el reformismo, como criterio de desarrollo seduce o no, en especial a los economistas demócratacristianos.

La propuesta de un “Nuevo Centro Humanista y Reformista” no ha tenido la energía y vitalidad necesarias en la búsqueda de ideas, ya que el seminario organizado en Santiago en el mes de octubre de 2000 no se ha vuelto a repetir y no se han visto nuevas publicaciones en Chile. Esto confirma la tendencia del PDC de marginarse del debate público y su carencia de recursos para la renovación programática (Huneus, 2003b: 3). ¿Pueden los probados valores y las ideas de los partidos demócratacristianos proveer el instrumental espiritual, material e institucional que se necesitaría en el futuro? (Thesing, 2001: 125). La respuesta es más bien pesimista; los centros académicos ligados a la Democracia Cristiana –como el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH)– se han debilitado perdiendo en calidad; la revista “Política y Espíritu” perdió regularidad “sin dar a luz artículos que dieran cuenta de los esfuerzos sistemáticos de renovación de ideas” (Huneus, 2002: 7-8). Si bien cabe diferenciar entre lo que los partidos son y lo que los partidos hacen, y aunque no hubiera una inevitable correspondencia, el programa de un partido define lo que es y no lo que un partido hace (Alcántara, 2004: 2).

### *Bancadas más disciplinadas, pero más controladoras del partido*

Al ser el principal partido de la Concertación y del país, y ser además el partido del Presidente de la República, generó que entre 1990 y el 2000 los dirigentes y parlamentarios del PDC apoyaran las medidas de los gobiernos de la Concertación, incluyendo las impopulares, y se abstuvieron de criticarlas públicamente (Aninat, 2001). Esto constituyó un cambio muy importante respecto a su desempeño durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, cuando un puñado de senadores y diputados se acostumbró a cuestionar públicamente sus políticas.

El que Patricio Aylwin renunciara temporalmente a su militancia en el PDC, mientras ejercía la primera magistratura del país no tuvo un im-

pacto real en el estilo e independencia que ejercieron sus dirigentes y parlamentarios. Por ello es entendible que Eduardo Frei Ruiz-Tagle no renunciara a su militancia.

Lo anterior explica el fuerte disciplinamiento que ejerció el Ejecutivo sobre los parlamentarios “oficialistas” en el proceso de redemocratización, lo que no significó –en modo alguno– renunciar a sus intereses corporativos a la hora de enfrentar los mecanismos de selección de candidatos. Buen ejemplo de esto fueron las elecciones parlamentarias del 2001, donde se produjo una “expropiación a la base partidaria del derecho a elegir a los candidatos. Los parlamentarios formaron un virtual ‘sindicato’, que exigió no introducir cambios vía primarias u otra modalidad en sus postulaciones” (Arriagada, 2002: 2) Si bien esta situación no es nueva en la historia electoral de Chile, ni tampoco propia del PDC, sí lo fue la forma y el fondo de la discusión que se ventiló a través de la prensa escrita.

Cinco de los presidentes del PDC desde 1990 eran parlamentarios en ejercicio. Andrés Zaldívar, su hermano Adolfo y Eduardo Frei, senadores. Gutenberg Martínez y Enrique Krauss, diputados. En general los parlamentarios han tendido a “colonizar” la estructura partidaria y con ello le han restado autonomía en todos aquellos temas directamente relacionados con sus intereses.

### *Votación femenina*

En las elecciones que cubrieron el período 1989-2005 el PDC obtuvo más votos en mujeres que en hombres. Esto se ha presentado como una de las grandes continuidades para el partido. Incluso, aunque contaminado por el discurso de la derrota, en las parlamentarias 2005 el PDC incrementa su votación entre las mujeres, superando el número de votos alcanzado en 1997 y 2001. Las explicaciones son múltiples, pero la más relevante es que el PDC, producto de la negociación, fue capaz de competir en la totalidad de los distritos, cuestión que no se produjo en el resto de los partidos de la Concertación. Dicho de otra manera, todos los electores del país tuvieron la posibilidad de votar por un candidato del PDC, pero las mujeres lo hicieron en mayor medida que los hombres.

De lo anterior surge una pregunta aparentemente obvia: ¿qué explica la caída del PDC en mujeres en el 2001 y su recuperación en el 2005 en términos de votos? Más allá de la presencia del PDC en todos los distritos, es difícil encontrar una explicación concreta de por qué las mujeres votan por este partido. Una conjetura que se obtiene a partir de encuestas de opinión está marcada por el tema religioso. El PDC incrementaría su votación dependiendo de cuán religiosa es la persona encuestada. Pero éstas son sólo conjeturas que aún no tienen un trasfondo explicativo sólido.

**Cuadro 1**  
**Votación hombre y mujeres por año de elección**

Elección parlamentaria	Hombres	Mujeres
1989	867.937	898.410
1993	861.189	966.184
1997	617.352	714.393
2001	546.679	615.531
2005	630.940	723.691

Fuente: SERVEL y [www.elecciones.gov.cl](http://www.elecciones.gov.cl)

Al observar este cuadro vemos que la votación femenina ha presentado altibajos muy pronunciados entre las distintas elecciones, aunque siempre sobrepasando la votación de los hombres. En 1993 el PDC obtuvo 67.774 sufragios más que en 1989 entre las mujeres. En las siguientes votaciones de 1997, esa cantidad descendió en 251.791 votos. En el año 2001 volvió a bajar y esta vez lo hizo en 98.862 votos. En las recientes elecciones de diciembre de 2005, el repunte fue de 108.160.

La votación masculina, por el contrario, presentó cambios menos sustanciales en su votación y, a diferencia de las mujeres, fue bajando en cada elección: en 1993 disminuyó 6.748 votos, en 1997 243.837 y en el 2001 volvió a disminuir, con 70.673. En el 2005, y al igual que las mujeres, los hombres votaron más por el PDC: 84.261 votos. Para ambos casos la posibilidad de votar por un DC en cada uno de los distritos explica fuertemente este aumento.

#### *La "calidad" de su elite*

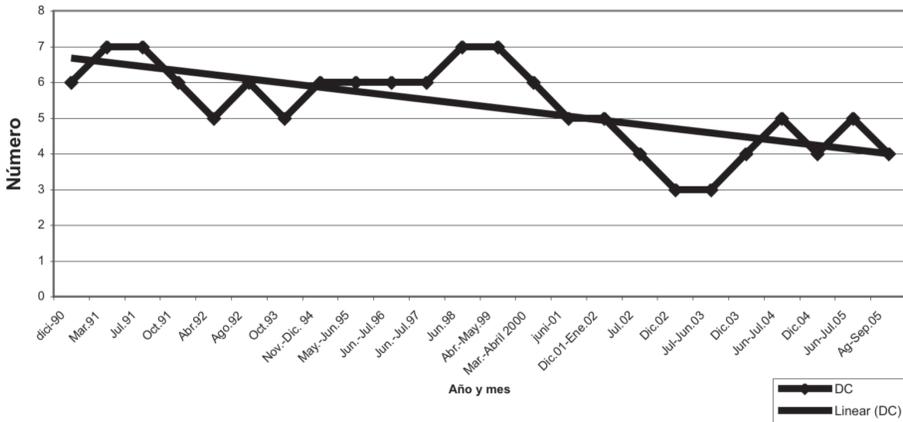
No son pocos los analistas del acontecer nacional que reconocen la diversidad y riqueza del liderazgo que presenta la DC (Navia, 2004: 310). De hecho, la mayoría de quienes se han referido o analizado la situación del PDC así lo han expresado.

Si bien la DC es el partido político que ha contado con el mayor número de personajes destacados, con un promedio de aproximadamente 5 personajes por año (1990-2005), no es menos cierto que está sufriendo una constante caída. En 1999 llegó a su punto máximo con 6 personalidades y, a partir de esa fecha, comenzó su descenso, llegando al mínimo de tres en el 2003. Los personajes más destacados de la DC y que a su vez gozan de una mayor continuidad en el tiempo son principalmente cuatro: Eduardo Frei, quien, a excepción de julio del 2002, se encuentra presente durante toda la frecuencia. Le siguen Patricio Aylwin y Gabriel Valdés,

los cuales desde junio de 2001 desaparecen de la lista de personajes públicos con más futuro. Alejandro Foxley, desde diciembre 2001 ha aparecido intermitentemente para salir de la lista a partir de diciembre 2004. Estos cuatro personajes comparten un rasgo en común, una edad avanzada: Frei y Foxley tienen más de sesenta años, Aylwin y Valdés más de ochenta.

Gráfico N° 2

**Evaluación de personajes públicos.  
Número de personajes pertenecientes a la DC**



Fuente: Elaboración propia en base a las encuestas nacionales del Centro de Estudios Públicos.

La única figura que se mantiene y acrecienta su posición es Soledad Alvear, quien se incorpora en la encuesta de junio-julio de 1996. Llama la atención que ni Adolfo Zaldívar ni su hermano Andrés aparecen en un año de forma continuada, y tampoco la nueva generación de diputados tiene mayor presencia. Cabe esperar que la nueva generación de alcaldes produzca la necesaria renovación. La crisis de liderazgo, ha sido, entonces, bien diagnosticada y, en cierta medida, ya es un lugar común referirse a ella.

Si bien la calidad de sus elites es una continuidad en la DC, los datos analizados anteriormente indican que, dentro de poco tiempo, deberá ser incorporada como una discontinuidad, al parecer inexorable.

### *Los cambios*

#### *La presidencia del partido en los noventa*

En 1993 se producía la primera elección directa de presidente nacional del PDC, obteniendo Eduardo Frei un 70% de las preferencias partidaria-

rias. Esa postulación quiebra la tendencia a que los grupos internos impusieran los candidatos, no obstante seguían funcionando.

Con la llegada de Frei a La Moneda, Alejandro Foxley asume la presidencia del PDC, enfrentando en 1996 la primera gran merma electoral, que se produjo en las elecciones municipales de ese año (de 28,91% obtenido en 1992 a un 26,22%), provocando alarma interna y un proceso de profundas disputas públicas. Buen ejemplo de esto fue el Consejo Nacional desarrollado en Jahuel y que constituiría el primer síntoma de que, a futuro, los problemas internos se harían públicos.

Posteriormente, los estrechos resultados de la elección para presidente del partido, en 1997, entre el ex ministro del Interior Enrique Krauss y el diputado Gutenberg Martínez, tensionaron más el ambiente –la elección se dirimió en segunda vuelta con una alta tasa de participación de la militancia, obteniendo un estrecho triunfo Enrique Krauss Rusque–. A los buenos resultados en el número de escaños conseguidos ese año (logró 38 diputados), se contrapuso la derrota de Andrés Zaldívar en las primarias de mayo de 1999 frente a Ricardo Lagos, para resolver la sucesión presidencial en la Concertación. Esto trajo como consecuencia la caída de la directiva encabezada por Krauss y su reemplazo por Gutenberg Martínez, quien introdujo reformas que involucraron aspectos orgánico-estatutarios y temáticos (Valenzuela, 2001).

La reforma a los estatutos incorporó los principios de: homogeneidad de las estructuras ejecutivas; eliminación de burocracias; transferencia de poder de órganos superiores a inferiores y más participación organizada de la militancia. En este proceso se destacó la creación de estructuras regionales, distinta a la que exige la Ley de Partidos Políticos, a las que se les traspasaron atribuciones que, hasta ese entonces, estaban en manos de la directiva nacional. Otra reforma histórica fue la introducción de un mecanismo distinto para la selección de los candidatos del PDC a cargos de elección popular. Una norma permanente estableció la realización de primarias abiertas a todos aquellos que quisieran participar. La reforma temática buscó responder a una de las grandes críticas al PDC, la falta de una oferta programática. Tras el trabajo de las Comisiones Político-Técnicas, instancias permanentes de asesoría técnica a la directiva del PDC, se elaboró un documento que contenía diez grandes temas. En octubre de 1999, los militantes del partido a nivel nacional votaron las seis mayorías temáticas, que se transformaron en un mandato, tanto para los militantes como para sus dirigentes: Derecho a la salud: un país de personas saludables; Superar las desigualdades; Educación: libertad e identidad del ser humano; Familia: un compromiso de país; Paz social y seguridad ciudadana; Hacer de Chile una comunidad democrática y participativa.

A Gutenberg Martínez le correspondió, además, dirigir la difícil campaña desde su partido, para que Ricardo Lagos se transformara en el abanderado de la Democracia Cristiana, ya que, por primera vez desde 1952, el PDC no presentaba candidato propio.

En abril de 2000 hubo elecciones internas para definir la directiva nacional. Los resultados de esta cuarta elección directa arrojaron un triunfo para Ricardo Hormazábal, frente a la candidatura del diputado Andrés Palma. Cerca de las elecciones municipales de octubre de ese mismo año, estalla el escándalo de las indemnizaciones, que significa la salida del vicepresidente Marcelo Rodríguez, donde también están involucrados otros militantes demócratacristianos, como Álvaro García Alamos. El error de las inscripciones de los candidatos a parlamentarios en julio del 2001 y su posterior solución, provocan una fuerte reacción del mundo político. La prensa jugó un rol central en la discusión y en el enrostrar la solución. Este error significa la caída de la mesa.

El ex presidente Aylwin tuvo que asumir la presidencia del partido en medio de este adverso clima. Por su parte, el ex presidente Frei lo acompañó desde la vicepresidencia. En este complejo escenario, la DC tuvo que enfrentar los comicios. Las elecciones parlamentarias de diciembre de 2001 significaron un retroceso electoral significativo. El PDC dejó de ser la primera fuerza política del país, debido a que la Unión Demócrata Independiente (UDI) obtuvo un 25,24%, frente a un 18,92% del primero. Ni siquiera los pronósticos más negativos tuvieron la posibilidad de predecir esta debacle. Algunos sostienen que la pérdida fue multicausal. Ellas van desde la pérdida del sentido (Entrevista a Osvaldo Olguín y Jaime Castillo Velasco); el olvido de la doctrina (Entrevista a Osvaldo Olguín); la falta de nuevos liderazgos, dada la tendencia de los viejos líderes a frenar la posibilidad de que la generación entre cuarenta y cincuenta años accediera a los cargos directivos (entrevista a Francisco Cumplido, 2000); hasta el aislamiento al interior de la Concertación. En enero de 2002, una vez que el ex presidente Aylwin dejaba la presidencia del partido y se retiraba de la vida política activa, la Junta Nacional recuperaba el histórico poder de nombrar a la mesa nacional; Adolfo Zaldívar obtuvo la presidencia nacional, con un discurso que prometía iniciar un proceso de "rectificación" del partido.

¿Cómo han sido evaluadas estas presidencias? En general hay más críticas y malas evaluaciones. De hecho, las presidencias de Foxley, Krauss, Martínez y Hormazábal no pueden ser recordadas por sus éxitos (Huneus, 2002: 3)

La parálisis decisoria que afecta a la DC puede atribuirse a que padece de un problema de liderazgo, lo cual lleva a que buena parte de las críticas han estado dirigidas a los presidentes de partido que ha tenido desde 1994. Esto se demuestra a lo menos en dos hechos significativos: la escasa capacidad de renovación de los cuadros directivos por un lado; y por el otro, la impericia de las decisiones que se han tomado en los últimos años por las elites que han conducido el partido. En palabras de Pablo Halpern (2001):

En materia de recambio, lo más sano para la DC es aceptar que hay una generación en torno a los cincuenta años, que tuvo amplias oportunidades para reciclar el partido y que por falta de liderazgo y pericia política fracasó en el intento.

Esta tendencia o más bien incapacidad para renovar y ampliar la elite dirigente, se hace evidente al observar quiénes han compuesto la directiva del partido desde 1990 (Aninat, 2001). Ejemplo de esto es el actual presidente del PDC, senador Adolfo Zaldívar, quien fue segundo vicepresidente en la directiva presidida por Eduardo Frei, primer vicepresidente en la mesa de Enrique Krauss y, finalmente, presidente del PDC desde enero 2002. Con esto es posible sostener que buena parte de su carrera política ha sido dentro de la estructura partidaria, la misma que hoy trata de “rectificar”.

Si bien calificar la gestión de Zaldívar como “mediocre” (Huneus, 2003: 3) es una exageración, es importante recordar que, si bien ha frenado la caída del PDC en la opinión pública, ella tampoco ha crecido de forma significativa. Su gestión ha señalado un cambio importante respecto a los estilos prevalecientes en las directivas de los partidos en la “vieja democracia”.

Finalmente, cabe destacar que este presidente enfrentó –como ninguno– el “partido transversal” que tienden a formar militantes demócratacristianos que ejercen cargos de confianza en el Ejecutivo, y que son aliados naturales de la oposición, más conocida como “disidencia”, a la gestión de Adolfo Zaldívar. Su principal ventaja en este escenario son las lecciones aprendidas durante sus largas vicepresidencias en los noventa: se estaba produciendo una erosión político-electoral por la identificación/fusión entre el partido y el gobierno y enfrentar este problema le resultó más fácil al no tener un presidente demócratacristiano post-2000.

#### *No al fraccionamiento, pero sí a la agudización de las diferencias internas*

Un partido abrumado por las diferencias internas es una de las imágenes que se proyectan más nítidamente, tanto a la militancia como al país. En esto no existen opiniones contrapuestas. Al contrario, la prensa y destacados dirigentes del PDC tienen coincidencias en estas materias. De hecho, un elemento que se ha mostrado “letal” para la mayoría de los partidos demócratacristianos ha sido su acentuado “correntismo” interno (Aguilera de Prat, 1998: 291), que en el caso chileno no se ha resuelto bien en los equilibrios programáticos y menos aún en el reparto de cuotas de poder al interior del gobierno, “talón de Aquiles” del actual presidente del partido y fortaleza de quienes le son opositores.

La génesis de las diferencias internas no obedece a proyectos o visiones ideológicas adversas, como antaño, sino que a matices de táctica o a afinidades personales; dicho de otro modo, sus lógicas de poder son más originales que su doctrina. La prensa hace eco de las diferencias internas y las proyectan: “Las voces disidentes y las controversias públicas entre demócratacristianos, se sostiene en este partido, han provocado mucho daño interior y exterior” (Diario *El Mercurio*, martes 31 de julio de 2001).

Destacados ex dirigentes y militantes coinciden sobre lo negativo de estas pugnas. Alejandro Foxley, ex presidente nacional del PDC, señala al respecto: “Yo estuve un año y medio en la presidencia de la Democracia Cristiana y la lucha por el poder interno era incesante y a ratos implacable. Las energías terminaban yéndose en eso y la gente ahí se desgasta”. El ex secretario nacional, Francisco Frei, se suma a estas críticas: “Lo que más daño nos ha hecho, son las peleas públicas”. Jorge Pizarro (2002) sostiene: “Nuestro mensaje es difuso, con muchas divisiones y peleas internas, con más desarrollo de proyectos personales...”.

La expresión de estas diferencias internas se grafica bien en el estilo que ha implementado el actual presidente de la colectividad. Cuando Soledad Alvear le gana a Adolfo Zaldívar la elección interna para ir a una primaria con Michelle Bachelet, éste no pone los cargos de la mesa directiva a disposición de la candidata, a efecto de que ella imponga el mejor diseño para enfrentar la campaña, lo que rompe cierta tradición mantenida desde la Falange Nacional. Se separa, en definitiva, al candidato de la directiva y con ello se introduce incertidumbre sobre el principal activo del candidato: su partido.

Finalmente, Adolfo Zaldívar, como la mayoría de los presidentes del PDC, explicó los resultados electorales de diciembre 2005, con un discurso más propio de un jefe de campaña, el cual se sustenta en un principio: las elecciones no se ganan ni se pierden, sino que sus resultados se explican bajo el axioma de “torturar las cifras hasta que confiesen” (Arriagada, 1997). El problema en este estilo es que no resuelve un dilema básico: a mayor poder electoral, mayor poder de escaños, el cual en el caso del PDC es independiente del sistema electoral mayoritario binominal. En efecto, el PDC postuló candidatos en los sesenta distritos electorales a nivel de diputados y aunque aumenta en votos baja en escaños, dejando de ser un partido con homogeneidad territorial a través del país. Los resultados contrariaron la mayoría de los análisis que se realizaron y que presagiaron victoria electoral (Auth, 2005: 26).

## Conclusiones

Aunque parezca paradójico, el PDC no necesita en el corto plazo “renovarse o morir”, ya que las repercusiones electorales de la crisis de representación que afecta a los partidos tradicionales han resultado más bien limitadas. En este contexto, el análisis de Gazmuri (1999) parece ajustarse más a la realidad, a la idea de los largos plazos.

El cómo enfrentar este doble proceso, si se descartan problemas que son compartidos con el resto del sistema de partidos chileno, parece depender crecientemente del liderazgo. Pero éste arrastra una leyenda “falangista” no siempre ajustada a la realidad que establece una sobreexigencia conduccional en la cual la mayoría de quienes han presidido la Democracia Cristiana han fracasado ya sea en el plano electoral como en el

de las definiciones programáticas, ya que en ambos niveles esta colectividad compite no sólo con partidos de izquierda, sino también de derecha, lo cual es una excepcionalidad en América Latina.

Pero para la izquierda no es más que una derecha disfrazada, y ésta, a su vez, lo definirá como una izquierda que tiene miedo de asumirse como tal. La desconfianza hacia la DC también es una sobreexigencia conductual que se resuelve mal al rescatar el concepto de centro, ya que el modelo de competencia espacial pronostica que el elector votará al partido que está ubicado a una menor distancia de su propia autoubicación ideológica, buscando maximizar la utilidad que le reporta el sufragio, y es un hecho que cada vez menos chilenos se autoubican ideológicamente en el centro. Tampoco ayuda el discurso hacia un “electorado natural” de clase media, el cual tenía sentido hace cuarenta años pero que hoy es menos específico tanto para quienes se asumen de clase media como quienes aspiran a ser parte de ella.

Finalmente, es posible suponer que las elecciones 2005 no han dicho todo lo que tenían que decir y difícilmente se postergará hasta nuevos comicios el análisis de los problemas, los cambios y continuidades de este centro excéntrico.

## Bibliografía

Adler Lomnitz, Larissa. 2002. “Redes sociales y partidos políticos en Chile”. *Redes - Revista Hispana para el análisis de redes sociales* 3 (2) <http://revista-redes.rediris.es>

Arriagada, Genaro. “Cifras electorales en bruto”. *Diario El Mercurio*. Edición electrónica del 16 de diciembre de 1997.

Cuadra, Francisco Javier. Entrevista en revista *Cosas*. 25 de febrero de 2000.

Alcántara, Manuel. 2004. *La ideología de los partidos políticos latinoamericanos*. Estudio/Working Paper 20/2004. Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales: Universidad Autónoma de Madrid.

Angell, Alan. 1993. *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía*. Editorial Andrés Bello: Santiago.

Angell, Alan. 1986. “Algunos problemas en la interpretación de la historia chilena reciente”. *Revista Opciones* N° 9, mayo-junio, Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea: 9-29.

Aninat, Eduardo. 2001. *Diario La Segunda*, Edición electrónica del viernes 23 de marzo.

Arriagada, Genaro. 1985. Entrevista en Norbert Lechner, José J. Brunner y Ángel Flisfisch. *Partidos y Democracia*. FLACSO.

Arriagada, Genaro. 2002. *Diez proposiciones para encarar la crisis de los partidos (Segunda parte)*. [www.asuntospublicos.org](http://www.asuntospublicos.org)

Auth, Pepe. 2005. *Estudio sobre Elecciones Parlamentarias 2005*. Colección Ideas N° 57. Fundación Chile 21.

Aylwin, Mariana; Correa, Sofía; Piñera, Magdalena. 1986. *Percepción del Rol Político de la Mujer, una Aproximación Histórica*. Instituto Chileno de Estudios Humanísticos. Serie Documentos N° 13/86.

Aylwin, Mariana; Bascuñán, Carlos; Correa, Sofía; Gazmuri, Cristián; Serrano, Sol y Tagle, Matías. 1990. *Chile en el siglo XX*. Editorial Planeta.

Aylwin, Patricio. Entrevista a *La Tercera*. Edición electrónica del 21 de mayo de 2000.

Bale, Tim. 2005. Recensión al libro de Thomas Keselman y José A. Buttigieg (editores), *European Christian Democracy: Historical Legacies and Comparative Perspectives*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 2003. En: *Revista Party Politics* 11 (3): 379-381.

Baño, Rodrigo. 1993. *Inexistencia y debilidad de actitudes políticas*. FLACSO-Chile, Documento de Trabajo, Serie Estudios Políticos N° 27, mayo.

Bobbio, Norberto. 1996. *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.

Borón, Atilio. 1972. "El estudio de la movilización política en América Latina: la movilización en la Argentina y Chile". *Desarrollo Económico* 12 (46): 211-243. [www.educ.ar](http://www.educ.ar)

Botella, Joan. 1992. "Las galaxia local en el sistema político español". *Revista de Estudios Políticos* N° 76, abril-junio: 145-159.

Burgos, Jorge. Diario *El Mercurio*. Edición electrónica del 31 de diciembre de 2001.

Caciagli, Mario. 1991. *¿Condenada a gobernar? La Democracia Cristiana en el sistema político Italiano*. Working Paper N° 41. Universidad de Barcelona.

Cañas Kirby, Enrique. 1997. *Proceso político en Chile. 1973-1990*. Editorial Andrés Bello.

Castells, Manuel. 1974. "Movimiento de pobladores y lucha de clases en el Chile de la Unidad Popular". En: Manuel Castells (compilador), *Estructura de clases y política urbana en América latina*. Sociedad Interamericana de Planificación SIAP: 9-36.

Castillo I., Fernando. 1997. *La Flecha Roja*. Santiago: Editorial Francisco de Aguirre.

Chaparro, Patricio. 1980. "Los actores sociales y políticos y el quiebre del sistema político democrático chileno". *Revista Estudios Sociales*: 34-56.

Chaparro, Patricio. 1985. *La política chilena 1974-1985 en el contexto del siglo XX*. Santiago: Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES).

Chaparro, Patricio. 1986. *Organización y funcionamiento del gobierno local en Chile, 1925-1973: una apreciación crítica*. Materiales para Discusión N° 69, Centro de Estudios para el Desarrollo (CED).

Collier, Simon y Sater, William F. 1996. *Historia de Chile. 1808-1994*. Madrid: Cambridge University Press.

Correa, Sofía. 1986. "La derecha en la política chilena de la década de 1950". *Revista Opciones* N° 9: 30-51.

Correa, Sofía. 1992. Presentación del libro "Los partidos de Centro y la evolución política chilena" de Timothy R. Scully, CSC, el 23 de junio de 1992. *Colección de Estudios CIEPLAN* N° 34, junio: 181-189.

- Correa, Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo; Rolle, Claudio; Vicuña, Manuel. 2001. *Historia del siglo XX chileno*: Editorial Sudamericana.
- Cortés Terczi, Antonio. 2002. *Desde fuera de la DC: Miradas y preguntas acerca de su futuro*. Informe N° 196. [www.asuntospublicos.org](http://www.asuntospublicos.org)
- Cruz-Coke, Ricardo. 1984. *Historia Electoral de Chile 1925-1973*: Editorial Jurídica.
- De Riz, Liliana. 1979. *Sociedad y política en Chile. De Portales a Pinochet*. Universidad Autónoma de México.
- Duverger, Maurice. 1981. *Métodos de las Ciencias Sociales*. Barcelona: Ediciones Ariel.
- Duverger, Maurice. 1994. *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica (decimocuarta reimpresión).
- Escobar C., Patricio. 1994. *La crisis del Partido Demócrata Cristiano y el surgimiento del Movimiento de Acción Popular Unitario, MAPU (1968-1970)*. Tesis para optar al grado de licenciado en Historia. Universidad Católica de Chile.
- Etchepare Jensen, Jaime. 2001. "Sistemas electorales, partidos políticos y normativa partidista en Chile, 1891-1995". *Revista de Estudios Políticos* N° 112, abril-junio: 149-177.
- Fernández Richard, José. 1981. *Régimen jurídico de la administración municipal*. Editorial Jurídica de Chile.
- Flisfisch, Ángel, 1990. *Parlamentarismo, Presidencialismo y Coaliciones Gobernantes*. FLACSO, Documento de trabajo N° 459, septiembre.
- Foxley, Alejandro. 1999. Entrevista publicada en la revista *Capital*. Versión electrónica.
- Frei Montalva, Eduardo. 1956. *Pensamiento y acción*. Editorial del Pacífico.
- Frei, Carmen. Diario *El Mercurio*. Edición electrónica del 26 de febrero de 2001.
- Frei, Francisco. Entrevista a *La Tercera*, 23 de junio de 2002.
- Furlong, Paul. 2004. Recensión al libro de Thomas Kselman y Joseph A. Buttigieg, (editores). *European Christian Democracy - Historical Legacies and Comparative Perspectives*, Notre Dame: University of Notre Dame Press, 2003. *European History Quarterly* 34 (4): 578-581.
- Gallardo, Bernarda. 1989. *De la municipalidad, el autoritarismo y la democracia. Una reflexión*. FLACSO-Chile Documento de Trabajo N° 423, agosto.
- Garretón, Manuel Antonio. 1982. "Modelo y proyecto político del régimen militar chileno". *Revista mexicana de Sociología* Año XLIV / vol. XLIV (2) abril-junio: 355-372.
- Garretón, Manuel Antonio. 1987a. *Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones Populares y Régimen Militar en Chile*, FLACSO. Documento de Trabajo N° 334.
- Garretón, Manuel Antonio. 1987b. *Reconstruir la política*. Editorial Andante. Santiago.
- Garretón, Manuel Antonio. 1989. "La oposición política en el régimen militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición". En: Manuel Antonio Garretón y Marcelo Cavarozzi (coordinadores). *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur*. Santiago: FLACSO: 395-465.

Garretón, Manuel Antonio. 1992. *Coaliciones políticas y proceso de democratización. El caso chileno*. Documento de Trabajo, Serie de Estudios Políticos N° 22, Santiago: FLACSO.

Gazmuri, Cristián. 1986. "Algunos Antecedentes acerca de la gestación de la crisis chilena de 1970-1973". Revista *Opciones* N° 9, mayo-septiembre. Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), Academia de Humanismo Cristiano: 52-66.

Gazmuri, Cristián. 1999. "La democracia Cristiana, sus setenta años". Diario *La Tercera* y Publicaciones Electrónicas del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad de Chile.

Gazmuri, Cristián. 2002a. La Democracia Cristiana, sus setenta años. [www.uc.cl/historia/cinfo/Articulos/gazmuri2.htm](http://www.uc.cl/historia/cinfo/Articulos/gazmuri2.htm)

Gazmuri, Cristián. 2002b. "La clase media en el Chile del siglo XX". [www.uc.cl/historia/cinfo/Articulos/gazmuri28.html](http://www.uc.cl/historia/cinfo/Articulos/gazmuri28.html)

Genaro Arriagada. 2001. *Resultado de la elección 2001 y su proyección estratégica*. Informe 168. [www.asuntospublicos.org](http://www.asuntospublicos.org).

Godoy, Óscar. 1992. Presentación del libro *Los partidos de Centro y la evolución política chilena*, de Timothy R. Scully, CSC. Colección de Estudios CIEPLAN N° 34, junio: 181-189.

Golden, Miriam. 2004. "International economic Sources of regime change How European Integration Undermined Italy's Postwar Party System". *Comparative Political Studies* 37 (10), december: 1238-1274.

González E., Francisco. 1989. *El Partido Demócrata Cristiano. La lucha por definirse*. Ediciones Universitarias de Valparaíso.

González Errázuriz, Francisco Javier. 1989. *Partido Demócrata Cristiano. La Lucha por definirse*. Serie de Estudios Históricos, Instituto de Estudios Generales. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso.

Grayson, George. 1967. *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*. Buenos Aires-Santiago: Editorial Francisco de Aguirre.

Gunther, Richard y Diamond, Larry. 2003. "Species of political parties a new typology". *Party Politics*, vol. 9 (2): 167-199.

Halpern, Pablo. Diario *La Segunda*. Edición electrónica del viernes 3 de agosto de 2001.

Halpern, Pablo. 2002. *Los Nuevos Chilenos y la batalla por sus preferencias*. Grupo Editorial Planeta (segunda edición).

Hanley, David. 2002. "Christian Democracy and the paradoxes of Europeanization Flexibility, Competition and Collusion". *Party Politics*, vol. 8 (4): 463-481.

Hinzpeter, Ximena y Lehmann, Carla. 1999. "Las dos alas de la DC. La fuerte tensión interna del principal partido". *Puntos de Referencia* N° 211. Santiago: Centro de Estudios Públicos.

Hofmeister, Wilhelm. 1995. *La Opción por la Democracia. Democracia Cristiana y Desarrollo Político*. Fundación Konrad Adenauer.

Hormazábal Sánchez, Ricardo. Diario *El Mercurio*. 10 de septiembre de 2000.

Huneus, Carlos 2002a. *¿Dónde se fueron los votantes del PDC?*, Informe N° 175. [www.asuntospublicos.org](http://www.asuntospublicos.org)

- Huneus, Carlos 2002b. *La vigencia de la Democracia Cristiana*, Informe N° 186. [www.asuntospublicos.org](http://www.asuntospublicos.org)
- Huneus, Carlos. 1997. Recensión al libro de P. Arancibia, A. Góngora, G. Vial. "Jorge Alessandri 1996-1986. Una biografía". *Revista de Ciencia Política* XIX (1). Instituto de Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile: 123-127.
- Huneus, Carlos. *Primera línea*. Edición electrónica del 21 abril de 2002.
- Huneus, Carlos. 2003a. "A Highly Institutionalized Political Party: Christian Democracy in Chile". En: Scott Mainwaring y Timothy Scully (editores). *Christian Democracy in Latin America*: Stanford University Press. Traducción al español: "Un partido con un alto grado de institucionalización. El PDC de Chile". [www.pensamientocritico.cl/upload/doc/doc\\_040330105606\\_59.pdf](http://www.pensamientocritico.cl/upload/doc/doc_040330105606_59.pdf)
- Huneus, Carlos. 2003b. *Debilitamiento del PDC: Sin signos de recuperación*. Informe N° 354. [www.asuntospublicos.org](http://www.asuntospublicos.org)
- Jocelyn Holt, Alfredo. 2001. En: Sergio Marras. *Chile, ese inasible malestar*: Editorial Universitaria: 11-15.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. 1997. *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Argentina: Editorial Ariel.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. 1998. *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago: Editorial Planeta-Ariel.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. 2000. *El espejo retrovisor*: Planeta-Ariel.
- Jones, Mark P. 2004. Recensión al libro de Scott Mainwaring and Timothy R. Scully (editores). *Christian Democracy in Latin America: Electoral Competition and Regime Conflicts*. Stanford: Stanford University Press, 2003. En: *Latin American Politics and Society* 46 (3), fall: 138-143.
- Kalyvas, Stathis. 1997. Recensión al libro de Kees van Kersbergen, *Social Capitalism: A Study of Christian Democracy and the Welfare State*. London: Routledge, 1995. En: *The American Journal of Sociology* 102 (4): 1169-1171.
- Kalyvas, Stathis. 1998. "From Pulpit to Party: Party Formation and the Christian Democratic Phenomenon". *Comparative Politics* 30 (3): 293-312.
- Kitschelt, Herbert. 2004. "Diversificación y reconfiguración de los sistemas de partidos de las democracias postindustriales". *Revista Española de Ciencia Política* N° 10, abril: 9-51.
- Maldonado, Víctor. 2001. *La DC y la inscripción electoral: El rey está desnudo*. Informe N° 95. [www.asuntospublicos.org](http://www.asuntospublicos.org)
- Martínez, Gutenberg. 2001. *El nuevo centro reformista. Primera conferencia de líderes demócratacristianos populares y de centro*. Santiago: Impresores Atenas.
- Mena, Carlos Eduardo y Saffirio, Eduardo. 1997. *La crisis de la política. Los problemas de la DC: ¿Las ideas, el proyecto y el perfil o las conductas y los comportamientos*. Santiago: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.
- Micco, Sergio. 2001. *La DC frente al legado de la Falange Nacional*. Informe N° 131. [www.asuntospublicos.org](http://www.asuntospublicos.org)
- Mieres, Fernando. 2001. *El fin de todas las guerras. Un estudio de filosofía política*. Santiago: LOM Ediciones.
- Molina, Natacha. 1986. *Lo femenino y lo democrático en el Chile de hoy*. Santiago: VECTOR-Ediciones Documentas.

Morlino Leonardo. 1985. *Cómo cambian los regímenes políticos*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Morodo, Raúl. 1968. *Política y partidos en Chile. Las elecciones de 1965*. Madrid: Taurus Ediciones.

Moulian, Luis; Guerra, Gloria. 2000. *Eduardo Frei M. (1911-1982). Biografía de un estadista utópico*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.

Moulian, Tomás. 1982. "Desarrollo Político y Estado de Compromiso. Desajustes y Crisis Estatal en Chile". *Colección de Estudios CIEPLAN* N° 64, julio.

Moulian, Tomás. 1983. *Los frentes populares y el desarrollo político de la década de los sesenta*. Documento de trabajo N° 191. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Moulian, Tomás. 1986. *La Democracia Cristiana en su Fase Ascendente: 1957-1964*. FLACSO. Documento de Trabajo No. 288.

Muñoz, Óscar. 1991. *El desarrollo de las relaciones Estado-empresa en el nuevo escenario económico: dos ensayos*. Apuntes N° 106 noviembre. Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica CIEPLAN.

Navia, Patricio. 2004. *Las grandes alamedas. El Chile post-Pinochet*. Santiago: La Tercera-Mondadori.

Otano, Rafael. 1995. *Crónica de la Transición*. Santiago: Editorial Planeta.

Paramio, Ludolfo. 1996. "La sociedad desconfiada". *Revista Leviatán* N° 66, invierno (2ª época): 104-114.

Petras, James. 1974. "Movimiento de pobladores y la lucha de clases en el Chile de la Unidad Popular". En: Manuel Castells (compilador). *Estructura de clases y política urbana en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Sociedad Interamericana de planificación: 56-74.

Petras, James. 1971. *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Pizarro, Jorge. Entrevista a *El Mercurio*. Edición electrónica del 20 de enero de 2002.

Portales, Ana María. 1987. *Los conflictos internos en el Partido Demócrata Cristiano durante la primera etapa del gobierno de Eduardo Frei (1964-1968). La dimensión ideológica de un debate político*. Santiago: FLACSO.

Portelli, Hugues. *Diario el Mundo*. Edición Electrónica del 25 de enero de 2000.

Rehren, Alfredo. 1991. "El impacto de la políticas autoritarias a nivel local. Implicancias para la consolidación democrática en Chile". *Estudios Públicos* 44, primavera: 207-246.

Rodríguez-Arana, Jaime. 2001. *El espacio de centro*. Madrid: Centro de Estudios Político y Constitucionales.

Saffirio, Eduardo. 1994. "El Sistema de Partidos y la Sociedad Civil en la Redemocratización Chilena". *Revista Estudios Sociales* 82: 63-113.

Saffirio, Eduardo. 1994. "El Sistema de Partidos y la Sociedad Civil en la Redemocratización Chilena". *Revista Estudios Sociales* 82: 63-113.

Saffirio, Eduardo. 1999. *Revista Capital*. Agosto. versión electrónica.

Sartori, Giovanni y Morlino, Leonardo. 1994. *La comparación en las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Universidad.

- Sartori, Giovanni. 1987a. *La Política. Lógica y Método en las Ciencias Sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sartori, Giovanni. 1987b. *Partidos y sistemas de partidos. Marco para el análisis*. Vol I. Madrid: Alianza Editorial.
- Schwartz, Pedro. 1987. "El Estado liberal". *Estudios Públicos* 27, invierno: 47-76.
- Scruton, Roger. 1998. "Christian Democracy and the Czech Republic. Two Pillars". Revista *The New Presence*. Praga. [www.new-presence.cz/issue.php?IDIssue=55](http://www.new-presence.cz/issue.php?IDIssue=55)
- Scully, Timothy; Valenzuela J. Samuel. 1993. "De la democracia a la democracia: Continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile". *Estudios Públicos* 51, invierno: 195-228.
- Sigmund, Paul E. 1980. *The overthrow of Allende and the politics of Chile. 1964-1976*: University of Pittsburgh Press.
- Smith, Brian. 1982. *The Church and politics in Chile: challenges to modern Catholicism*: Princeton.
- Thesing, Josef. 2001. "El movimiento DC: perspectiva y contenidos de su nueva inserción internacional". En: Eduardo Verdugo (edición de textos), *Nuevo centro humanista y reformista*. Santiago: Edición de la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA): 124-127.
- Tironi, Eugenio. 1998. *El régimen autoritario. Para una sociología de Pinochet*: DOLMEN Ediciones.
- Tironi, Eugenio. 2002. *El cambio está aquí*. Santiago: La Tercera-Mondadori.
- Tusell, Javier. 1997. *La revolución posdemocrática*. España: Ediciones Nobel.
- Uriarte, Edurne. 2002: *Introducción a la Ciencia Política*. Madrid: Tecnos.
- Urzúa Valenzuela, Germán. 1992. *Historia política de Chile y su evolución electoral (Desde 1810 a 1992)*: Editorial Jurídica de Chile.
- Valdés, Gabriel. Diario *El Mercurio*. Edición electrónica del 7 de febrero de 2000.
- Valenzuela, Arturo; Valenzuela, J. Samuel. 1982. "Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno". *Revista Mexicana de Sociología*. Año XLIV/vol. XLIV (2), abril-junio: 599-648.
- Valenzuela, Arturo. 1978. *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago: FLACSO.
- Valenzuela, Arturo. 1985. "Orígenes y características del sistema de partidos en Chile: Proposiciones para un gobierno parlamentario. *Estudios Públicos* N° 18, pp. 1-70.
- Valenzuela, J Samuel. 1995. "Orígenes y Transformaciones del Sistema de Partidos en Chile". *Estudios Públicos* 58, otoño: 5-80.
- Valenzuela, J. Samuel. 1998. "La ley electoral de 1890 y la democratización del régimen chileno". *Estudios Públicos* 71: 265-296.
- Valenzuela, Moisés. 2001. "La reforma de los partidos políticos. El caso de la Democracia Cristiana chilena". *Foro interamericano sobre partidos políticos*. Miami Florida: Instituto Nacional Demócrata (NDI): 131-142.
- Vallespín, Fernando. Diario *El País* del 23 de julio de 2000.
- Vanderschueren, Franz. 1971. "Significado político de las juntas de vecinos en poblaciones de Santiago". *Revista Latinoamericana de estudios Urbano Regionales*

*EURE* 1 (3), junio. Centro Interdisciplinario de Desarrollo Urbano Regional CIDU, Pontificia Universidad Católica de Chile: 95-123.

Vial, Gonzalo. "Los partidos políticos: 1938-1990", Capítulo V, segunda parte. Diario *La Segunda* del 20 de agosto de 1999.

Villalobos, Sergio. 2001. *Historia de Chile*. Editorial Universitaria.

Walker, Ignacio. 1986. "Del populismo al leninismo y la inevitabilidad del conflicto: El Partido Socialista de Chile (1933-1973)". *Notas Técnicas* N° 91, CIEPLAN.

Walker, Ignacio. 1999. *El futuro de la Democracia Cristiana*. Santiago: Ediciones B.

Walker, Ignacio. Revista *Qué Pasa*, 13 de enero de 2002. Versión electrónica.

Ware, Alan. 2004. *Partidos políticos y sistemas de partidos*. Madrid: Istmo.

Yocelevzky, Ricardo. S./f. *El desarrollo de los partidos políticos hasta 1970*. Serie Cuadernos de Trabajo N° 102.

Zaldívar, Adolfo. Entrevista en el Diario *El Mercurio*. Edición electrónica del 31 de diciembre de 2001.

Zaldívar, Adolfo. Diario *El Mercurio*. Edición electrónica del 24 de septiembre de 2000.

Klugmann, Mark. 1991. "La paradoja de la mayoría electoral. ¿Dónde está el Centro?". *Estudios Públicos* 42: 135-153.

### **Entrevistas personales telefónicas**

Osvaldo Olguín (7 de junio de 2002): Ex senador y ex vicepresidente del Partido Demócrata Cristiano.

Jaime Castillo Velasco (8 de junio de 2002): Ideólogo y varias veces presidente nacional de la Falange Nacional y de la Democracia Cristiana.

Francisco Cumplido Cereceda (11 de junio de 2002): Ex ministro de Justicia del gobierno de Patricio Aylwin, ex Académico de la Universidad de Chile y actual rector de la Universidad Miguel de Cervantes.

José de Gregorio (12 de junio de 2002): Ex secretario nacional de la Falange Nacional y de la Democracia Cristiana.

Andrés Aylwin Azócar (13 de junio de 2002): Ex Diputado y ex dirigente de la FECH (Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile).

---

*Fecha de recepción: Agosto de 2005.*

*Fecha de publicación: Diciembre de 2005.*

---